

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

LUCKY MARTY

ANTIHOMBRES

LUCKY MARTY

ANTIHOMBRES

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

©, de Lucky Marty. 1968

Depósito legal: B 25135-1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Capítulo PRIMERO

La Conferencia para el Desarme Nuclear había sido un fracaso total.

Bueno: el mundo estaba habituado a estos desengaños y la gente no parecía muy afectada por los alarmantes titulares de los periódicos que anunciaban que, de no ocurrir un milagro, la Tierra estaba abocada a desintegrarse tras la guerra atómica que se avecinaba.

En realidad, el hombre ha nacido para vivir entre las convulsiones de la inquietud, o en la letargia del aburrimiento: quizá por esto, para no aburrirse, desde la larga noche de los tiempos venía guerreando absurdamente entre sí y ni el más conspicuo historiador, por más que se esforzase, podía recordarles a sus contemporáneos una época en la que los pueblos y las naciones no hubieran estado enzarzados en fútiles luchas.

Los más viejos, los que aún podían recordar las secuelas de la justamente llamada Segunda Guerra Mundial, habían hablado a sus nietos del serio conflicto de Corea, de la rebelión argelina, de la sangrienta independencia del Congo, del Vietnam y de mil otros focos de fricción en los que la Humanidad estuvo al borde del fatal cataclismo.

Cierto que todos estos peligros se habían conjurado y que, todo lo más, habían ido pasando los años en lo que se dio por llamar «La Guerra Fría», calificativo que nunca estuvo muy acertado, habida cuenta de que, desde 1990, los ánimos estaban muy caldeados y los gobernantes en constante ebullición.

No obstante, entre tanta algarada, entre tanto vocerío y parlamento, los que llevaban las voces cantantes eran las tres grandes superpotencias, que se perfilaban como indiscutibles

dominadores del mundo: Estados Unidos, Rusia y la inmensa China, hormiguero humano que había alcanzado a los dos colosos en cuanto a ciencia y técnica, aunque conservando su propia filosofía en el vivir.

Sí: la Era Atómica iniciada el 6 de agosto de 1945, cuando cayeron las primeras bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, parecía reclamar el cumplimiento de su apocalíptico cometido, y no precisamente en cuanto a la aplicación de su fuerza para fines pacíficos.

El verano del año 2001 se presentaba en exceso cargado de negros nubarrones bélicos, a punto de estallar la tormenta en cuanto alguien aplicase la mecha.

Y ya se sabe: las grandes catástrofes empiezan por una equivocación o, peor aún, por una majadería.

Por eso, como jefe del Mando Aéreo Estratégico norteamericano, el general Mitchs Limdberg vivía momentos angustiosos, consciente de la enorme responsabilidad que gravitaba sobre sus cansados hombros. Sabía que una llamada desde la Casa Blanca, una simple llamada por el Teléfono Rojo, era la señal para que todo el enorme potencial nuclear del país se desatara sobre sus enemigos.

—¿Y luego qué? —se preguntaba el general Mitchs Limdberg.

¿A esperar la respuesta?

—¡Bonito panorama! —solía resoplar el general, cuando pensaba en todo esto sentado en el sillón de su amplio despacho del Pentágono.

Prácticamente, hacía varios días que no dormía. Todo el Estado Mayor Conjunto dependía de él y la misma Marina estaba dispuesta a cumplir sus órdenes que, a su vez, el general recibiría del Presidente.

El gran caserón de hormigón armado, acero y vidrio, parecía un hormiguero. El alto edificio de la O.N.U. en Nueva York; también: doscientas seis naciones del llamado Tercer Mundo unían sus votos a las medianas y pequeñas potencias para interceder, en compacto bloque unido, a favor de la anhelada paz.

Pero los tres colosos no parecían escuchar sus angustiosos gritos, enzarzados en una polémica particular que sólo parecía tener una salida:

¡La guerra! ¡La violencia! ¡La desintegración!

El loco rearme ya había empezado y las fábricas aceleraban la producción de ingenios destructores. Los agentes secretos, los espías y los informadores espontáneos también: llovían los informes, muchos de ellos contradictorios, sobre la capacidad ofensiva y defensiva del enemigo: el mundo entero bailaba la danza precursora de la Muerte.

Fríamente se hacían cálculos, como si los cerebros humanos fueran computadoras electrónicas sin alma ni conciencia, sobre las posibilidades de triunfo o derrota; sobre los miles de millones de seres que morirían; sobre los centros neurálgicos que serían más castigados; sobre las regiones que serían menos afectadas; sobre las posibilidades que habían de subsistir…

* * *

Los titulares de la prensa mundial se hacían la competencia y anunciaban la catástrofe con los tonos más variados: periodista había que recurría al apostrofe para su crónica, enfadado consigo mismo y con la raza a la que pertenecía, por no ser capaces de encontrar camino de la razón. Otros, más sosegados, más plañideros, enumeraban lacrimosamente los resultados previsibles y el artículo lloraba en su tinta impresa por la Humanidad perdida y descarriada.

Más sosegado y en su calidad de corresponsal en Washington del «Morning Star», Ted Aworth escribió en aquellos tensos días en una de sus crónicas:

«Vamos hacia un colectivo suicidio y, si es así, todos debemos saber por qué tenemos que morir. Y no nos bastan los lugares comunes ni las frases hechas. Se nos dice que los agravios y las provocaciones de nuestros enemigos son serios. Admitamos que nuestros gobernantes tienen razón y no nos han engañado en esto; pero a ellos, a nuestros oponentes, también les habrán dado sus gobernantes esas mismas razones. Lo que necesitamos saber es todo el fondo de nuestras al parecer insalvables diferencias. En último extremo, es el pueblo el que debe opinar si los motivos son suficientes para lanzarnos a una lucha en la que no podrá haber ni vencedores ni vencidos.»

La crónica de Ted Aworth fue muy comentada y máxime cuando

al día siguiente remachó en su artículo:

«Parece ser que todos desean ardientemente tener la verdad a su lado; pero pocos desean estar al lado de la verdad. En otro orden de cosas, hay ciertas personas que se creen ilustradas porque se sienten llenas de decisión, juzgando que es verdad lo que no es sino convicción e inteligencia, lo que no es más que una forma de concepción. Hay otros que, porque conocen todas !as palabras, creen saber todas las verdades.

Pues bien: en una rueda de prensa en la que nuestros jefes nos expongan crudamente todas las verdades y motivos para ir a esta lucha, nosotros podremos informar, a la vez, al pueblo de lo irremediable de esta situación. Y si es justo, con ánimos iremos a esta batalla final, porque en último término no hay nada más hermoso que morir por algo noble y justó.»

El general Mitchs Limdberg leyó el artículo con cierto enfado y pulsando un botón de la mesa de su despacho, ordenó al rostro de su secretario aparecido en la pantalla del visófono:

—Chandler… ¡Reúna una rueda de prensa para esta noche! ¡Quiero taparle la bocaza a ese periodista!

El coronel Stoyte Chandler vio el rostro congestionado de su jefe en la pantalla de su visófono y preguntó:

—¿Se refiere usted al cronista del «Morning Star», mi general?

—Sí… ¡Me refiero a Ted Aworth! Parece que el niño está muy empapado en la Constitución. ¿No suele leer usted sus artículos, coronel?

El coronel ayudante Stoyte Chandler estuvo cerca de decirle al general Mitchs Limdberg que no se perdía, desde hacía años, uno solo de los artículos del famoso periodista Ted Aworth. Pero consideró prudente guardarse tal admiración.

—Pues… Sí, mi general; algunas veces los leo.

Pero su sorpresa fue grande al oír la contestación de su irritado jefe:

—¡Pues se los recomiendo todos! Dice verdades como puños… Aunque a veces nos haga la pascua. ¡No olvide mi orden, Chandler!

—No, no señor… Rueda de prensa para esta noche. ¿No es así, mi general?

—Les recibiré en el mismo Pentágono. Infórmeles que pueden hacerme toda clase de preguntas.

El general Mitchs Limdberg cortó la comunicación del visófono, exclamando su estribillo habitual en aquellos tensos días:

—¡Bonito panorama! Ahora la prensa echándosenos encima, por la forma en que llevamos esta condenada crisis mundial.

Capítulo II

Ted Aworth recibió la invitación del coronel Stoyte Chandler a las cuatro de la tarde y cinco minutos. Luego habló por teléfono con Dina Blay, la bonita periodista del «Women Magazine», que semanalmente se cuidaba de la crónica de alta política de la revista para la cual trabajaba.

—Habrá una rueda de prensa en el Pentágono y quiero que vengas, cariño —la informó tras los primeros saludos—. Miraré de conseguirte una invitación. No creo que puedan asistir todos los periodistas que lo deseen. ¡Aquello se convertiría en una concentración de masas!

—Gracias, amor; eres muy amable, Ted. Pero ya tengo mi invitación.

La contestación de la muchacha dejó algo perplejo a Ted Aworth, que inquirió, con tono conminatorio:

—¿Quién te la envió? Me como un zapato si no ha sido ese lechuguino de pelo embrillantinado de Tonmy Steiger.

—Acertaste, Ted —contestó la muchacha por el teléfono, halagada en el fondo por aquella explosión de celos de su comunicante.

—Un día voy a remangarle las narices.

—Por favor, Ted. ¡Es uno de nuestros mejores amigos!

—Dirás que es uno de tus plomíferos amigos, Dina. Mi amistad la cultiva desde que sabe que salgo contigo. ¡Ese tipo está enamorado de ti!

Dina Blay acarició el teléfono, mientras soltaba el chorro de su risa cantarina, para decir luego, siguiendo bromista:

—¿Y eso te extraña, Ted? Tú mismo has dicho mil veces que soy la mujer más «maravillosa» de la tierra.

—¡Yo no he dicho eso! —protestó el hombre, para vengar la burla—. Sabes que no me gustan las exageraciones.

—¡Sí, claro, cariño! Ted Aworth, el famoso y más leído periodista del mundo, siempre ecuánime y comedido.

Ted Aworth carraspeó antes de colgar, para admitir:

—¡Ejem! Bueno, Dina: en tu caso es distinto. No es ninguna hipérbole decir que eres la mujer más linda del mundo, porque es cierto.

—Eres un sol, Ted… ¡Y también un diplomático! Nos veremos en el Pentágono, en esa rueda de prensa.

—Hasta, luego. Dina.

Ambos colgaron el teléfono y la muchacha fue a su habitación para cambiarse de vestido. En el fondo, aquello era una excusa ante ella misma para mirarse en el espejo y comprobar si era cierto que resultaba una mujer atractiva. Desde que estaba enamorada de Ted Aworth se hacía la pregunta con frecuencia, temerosa de que las muchas mujeres que siempre acosaban al periodista fueran más bonitas y sugestivas que ella.

En realidad, puede haber amor sin celos, pero no sin temores. Y Dina Blay temía, casi de una forma angustiosa, que otra mujer pudiera quitarle el amor del hombre idolatrado. Sin embargo, precisamente esta fuerte inclinación que sentía por Ted Aworth la hacía mostrarse distante y precavida; era como una especie de defensa, como un freno, para no caer en los brazos de un hombre, del cual se comentaban no pocas aventuras amorosas.

Cuando pensaba en todo esto Dina Blay hacía suya aquella parrafada de Oscar Wilde, el poeta inglés que un par de siglos atrás había escrito: «Los hombres aspiran siempre al primer amor de las mujeres. Tal es su vanidad, poco exquisita por cierto. Nosotras, las mujeres, poseemos un instinto más sutil de la realidad: lo que apetecemos es el último amor de! hombre.»

A Dina Blay no le importaba que Ted Aworth hubiera navegado por un océano sin fondo de mujeres. Pero ella no quería ser una más, una simple etapa más de aquella singladura amorosa sin tasa y sin freno del periodista, a quien sus prendas personales y su fama de agudo escritor, le facilitaban todas esas aventuras.

Ella aspiraba a ser el refugio de Ted, el puerto seguro y abrigado donde podría descansar sin miedo a las pasadas tormentas amorosas

que le habían zarandeado de aquí para allá, de este país al otro, mientras cumplía sus tareas periodísticas de corresponsal, algunas veces sumiéndole en el escándalo si es que su pareja de turno era algo conocida.

Cierto que Ted no le había dicho que se casara con él. Pero una mujer llega a la convicción de que es amada, más por lo que adivina, que por lo que le dicen. En este mudo lenguaje. Dina Blay había captado el interés que despertaba su persona en Ted Aworth. También había notado que la trataba de una forma muy distinta a las otras mujeres que conocía; incluso, a veces, con excesivos miramientos.

Pensando en esto, mientras se cambiaba de vestido y veía reflejada su escultural y armoniosa silueta en el espejo del gran armario ropero, la muchacha musitó con un susurro:

«Me gustaría que Ted fuese algo más decidido conmigo. No soy una diosa, ¡soy una mujer!»

Al instante se ruborizó de sus pensamientos. Se dijo que debía seguir mostrándose distante, como si la compañía de Ted no significase gran cosa para ella. Incluso debía alentar los requerimientos de Tonmy Steiger. Tonmy Steiger también era un hombre muy atractivo y había escalado un puesto de responsabilidad. Para una periodista como ella, cultivar la amistad y el trato del agregado de prensa del Pentágono significaba el allanarse de muchos caminos. Aquella misma invitación para la rueda de prensa que por la noche daría el general Mitchs Limdberg, en su calidad de jefe del Alto Mando Aéreo Estratégico norteamericano, lo decía así.

Dina Blay salió con su nuevo vestido al jardín de su «bungalow» y accionó el mando a distancia que llevaba en el bolso para abrir el garaje. El «Bronso» último modelo color guinda llegó hasta ella guiado por el piloto mecánico, e incluso la portezuela se abrió accionada por la célula fotoeléctrica. Una vez ante el «tablier», la muchacha pulsó los mandos y nuevamente el piloto mecánico «registró» todo lo que tendría que hacer hasta llegar a Washington. El cerebro electrónico del motor se cuidaría de todo.

De no haber sido por la tensa crisis mundial, vivir en el año 2001 sería pura delicia.

Lástima que el hombre, que había sido capaz de crear tantas

maravillas en el campo de la ciencia y la técnica, como un niño travieso y enfadado que destroza sus propios juguetes, estuviera a punto de enviarlo todo al infierno…

* * *

El general Mitchs Limdberg repasó las notas y los informes que le entregaban sus ayudantes, aplastó la punta del cigarro puro sobre el cenicero de baquelita y preguntó, dirigiéndose a su secretario particular, el coronel Stoyte Chandler:

—¿Ya están todos esos plumíferos ahí?

—Sí, mi general; y algo impacientes.

—¡Que esperen!

En el amplio hemiciclo donde se celebraría la rueda de prensa, un ejército de periodistas rebullía, tomando notas y sacando fotos a los generales, almirantes y altos puestos gubernativos del país. Hombres y mujeres cuya profesión agitada y siempre inquieta les hacía a veces olvidar ciertas reglas de Urbanidad y comedimiento, soltaban el chorro de sus preguntas, como si fueran ráfagas de ametralladora.

El joven y travieso Kingaby, corresponsal australiano en Washington, le dijo a un general, lleno de condecoraciones y entorchados, enfocándole con su cámara fotográfica:

—A ver. Ponga cara inteligente, por favor…

El hombre no captó la agudeza y sonrió ampliamente, mostrándole con generosidad su blanca dentadura, postiza sin duda alguna. Kingaby se lo agradeció con mudo saludo y fue, siempre con su cámara, en busca de otro rostro influyente en el Pentágono.

Ted Aworth andaba cerca de él y le dijo al joven australiano:

—Eres terrible, Kingaby; un día te retirarán el carnet de prensa.

—¿Por qué, Ted? Si uno se amilana ante todos estos generalitos, está listo.

—Una cosa es no amilanarse y otra lo que tú haces. A ese hombre le has llamado torpe en sus propias barbas.

Kingaby sonrió divertido, mientras recargaba su cámara fotográfica. El periodista australiano siempre sonreía. Si alguna vez intentaba ponerse serio eran los demás los que sonreían ante aquella mueca que no duraba mucho. Kingaby era un hombre lleno

de anécdotas, «chismes» y chistes de sal gorda. Nada le detenía ni se paraba ante nada: había entrevistado a las más famosas celebridades mundiales y de él se contaba que, cierto día, que un ganadero australiano amigo suyo necesitaba pienso para sus animales, había puesto un anuncio en su diario diciendo:

«Caballo supersticioso cedería sus cuatro herraduras por cien kilos de cebada.»

Bien: el resultado fue que consiguió más de diez mil kilos de cebada y que su amigo ganadero salió del apuro, al haber arrasado una tormenta la recolección de sus piensos. Kingaby no tuvo nada más que proveerse de un gran número de herraduras y un caballo viejo, dándole a cada uno que se presentó con los cien kilos de cebada las cuatro herraduras prometidas en el anuncio.

Desde aquel día, Kingaby se había echado el mundo por montera.

¿No significaba aquello que había más superstición entre los hombres que entre los caballos, que no se enteró del anuncio y le hacían servir para sacar de la ruina a un buen amigo?

Precediendo al genera, Mitchs Limdberg avanzó por el pasillo su coronel ayudante Stoyte Chandler y dijo, una vez lograron situarse en su puesto, frente a los muchos periodistas:

—Bien, muchachos. Como nos conocemos y sabemos que son algo revoltosos, para mantener un orden empezaremos de derecha a izquierda.

Hizo una pausa, mientras se calmaban los comentarios e indicó:

—Aquella linda señorita de la derecha, sentada en primera fila, tiene la palabra. El general Mitchs Limdberg contestará a cuantas preguntas le haga.

La rueda de prensa en el Pentágono había empezado.

Capítulo III

Minutos después, tras el tiroteo de preguntas, el general Mitchs Limdberg creyó conveniente informar a su atento auditorio, iniciando un pequeño discurso que tenía preparado: le había costado toda la noche reunir los informes y datos necesarios y con su vozarrón de bajo profundo empezó diciendo:

—Caballeros: nuestra posición debe ser de fuerza porque, si nos descuidamos, a la vuelta de pocos años. China puede convertirse en la potencia atómica más peligrosa del mundo. Y no por la posibilidad de que llegue a igualar o alcanzar el poderío de Occidente, sino porque sus fanáticos dirigentes no parecen comprender todo lo que significa una guerra nuclear y, por consiguiente, no se les puede convencer con argumentos racionales.

Hizo una estudiada pausa tras la introducción, para añadir:

—Los dirigentes de China están demostrando que persisten en el error, sumamente peligroso, de creer que su país puede sobrevivir a una guerra atómica.

Lo confirma el hecho de que, una tras otra, han hecho fracasar todas las Conferencias de Desarme Nuclear, así como sus declaraciones al respecto. Nadie olvidará que desde los tiempos de Mao Tse-Tung vienen diciendo: «Si la mitad de la Humanidad fuera destruida, quedaría todavía la otra mitad. Pero el «imperialismo» desaparecería totalmente y sólo quedaría el mundo socialista. Al cabo de medio siglo, o de un siglo entero, la población habría aumentado otra vez en más de la mitad.»

Nueva pausa tras esta cita, para seguir:

—No sabemos aún en qué basan estos cálculos para creer que la mitad de su población sobreviviría a la Gran Catástrofe. No obstante, aparentemente hay algunos hechos que apoyan sus

razonamientos. Razonamientos que sus dirigentes utilizan hábilmente.

Tras unas risas, prosiguió:

—Por ejemplo: el hecho número uno es que la China es la nación más populosa de la Tierra ya que actualmente cuenta, por sí sola, más de 1.500 millones de habitantes. No hace muchas semanas, un periodista que está entre ustedes y que tuvo la oportunidad de entrevistar a un alto dirigente chino, recibió, según más tarde reflejó en su crónica, esta contestación:

«¿Qué nos puede importar que ustedes logren aniquilar a 750 millones de chinos? Todavía nos quedarían muchos más. De aquí pueden ustedes deducir que China sería el último país en sucumbir.»

Todas las miradas se centraron en el apuesto Ted Aworth, conocedores de que él había sido el autor de tal artículo tras la entrevista a la que hizo alusión el general conferenciante, que siguió al poco:

—El hecho número dos que ellos aducen es que sólo una séptima parte de la inmensa población china está concentrada en las ciudades. Y sus dirigentes parecen sacar de esto una ventaja positiva al tener menos que perder, pues calculan que no se iba a arrojar bombas atómicas donde hay desperdigados millones y millones de campesinos.

El general Mitchs Limdberg consultó un par de cuartillas, encarándose con valentía con su auditorio al razonar:

—Hombres equivocados por tales hechos son hombres muy peligrosos, si es que ejercen el poder. No vamos a presumir ahora del inmenso poderío nuclear del mundo Occidental. Pero conviene que todos recuerden que él arsenal bélico de nuestro país es tan considerable, que incluso ha sido preciso disminuir, en ciertas etapas de los últimos años, el ritmo de producción nuclear para fines estrictamente militares. Por otra parte, el Alto Mando Estratégico Aéreo tiene centenares y centenares de bombarderos en constantes vuelos, capaces cada uno de llevar bombas de terrible poder destructivo, tales como las de cien megatoneladas, o sea, para que muchos lo entiendan mejor, el equivalente de cien millones de toneladas de trilita. Eso sin contar que en nuestros arsenales hay más de dos mil proyectiles balísticos con cabeza de combate nuclear

y nuestros submarinos atómicos viajan por el fondo del mar con los «Goliats», de mayor potencia destructiva que los antiguos «Polaris»…

Ante tales cifras, no ignoradas pero si olvidadas por muchos, nuevos murmullos se levantaron en el amplio hemiciclo de conferencias del Pentágono. Pues ocurre con frecuencia que, habituados al peligro, no calibramos toda su intensidad hasta que hacemos nuevo análisis de él

Una mano alzada del general reclamó silencio, antes de seguir:

—Estoy seguro que muchos de ustedes opinarán que la fuerza nuclear de Occidente prevalecerá. Hasta ahora ha sido así, afortunadamente; crisis como la presente han sido superadas con sólo enviar al enemigo un ultimátum.

Los vivaces ojos del general Mitchs Limdberg recorrieron la sala de conferencias, para continuar:

—Pero China no es Rusia, ni sus fanáticos dirigentes lo mismo que los de Moscú. En última instancia, no olviden que la doctrina de los que proponen la disuasión nuclear depende del estado de ánimo de nuestros oponentes más que de nuestro poderío atómico, y lo que sabemos y deducimos de los dirigentes chinos y su estado de ánimo es muy alarmante.

«Tengo un informe aquí que confirma mis temores. No hace mucho los dirigentes chinos concedieron esa entrevista al antes citado periodista Ted Aworth y nadie mejor que él podrá recordarles a ustedes el resultado de la misma…

La mano del general Mitchs Limdberg señaló amablemente al periodista aludido, que se puso en pie, siendo el centro de todas las miradas, y empezó a decir:

—Estuvimos hablando de varias cosas, entre ellas de los efectos de la lluvia radiactiva. Me di cuenta de que ellos tenían conclusiones totalmente equivocadas. Por ejemplo: uno de los dirigentes chinos me dijo que había leído informes sobre los estudios realizados en los atolones de Somoa y Okonga, en el Pacífico Sur, donde no hace mucho llevamos a cabo algunas pruebas nucleares. Basándose en el informe de los científicos que les indica que la fauna y la flora han vuelto en poco tiempo a prosperar en aquellos islotes, ellos concluyen que la lluvia radiactiva no es tan peligrosa.

—Ésa deducción es totalmente errónea —atajó el general Mitchs Limdberg, siguiendo con su conferencia informativa ante los periodistas.

El vivaz periodista australiano Kingaby se levantó, indicando con su acostumbrada agudeza:

—Perdone, mi general; pero la culpa la tiene en parle la Comisión de Energía Atómica de nuestro país que, en un principio, restó importancia al problema de la lluvia radiactiva, aplicándole una serie de adjetivos que la hacían parecer relativamente insignificante y sin mucha importancia.

Él joven Kingaby se ganó una ovación de aplausos, animándose a decir con voz más alta:

—Creo firmemente que ninguna potencia atómica debería sabotear su propia política de disuasión, subestimando ella misma el poderío de sus armas.

Nuevos aplausos, comentando en voz baja Dina

Blay que había procurado sentarse junto a Ted Aworth:

—Kingaby es terrible. ¡Nunca pierde la oportunidad de lanzar sus alfilerazos!

—Es un gran chico, Dina. Como australiano, sabe que su país sufriría muy directamente los terribles efectos de esa lluvia radiactiva, si se desencadenara la guerra nuclear.

—Calma, caballeros —reclamó el coronel ayudante del general Mitchs Limdberg, viendo que su jefe empezaba a decir:

—Quizá tenga razón el señor Kingaby, amigos míos. Pero a los militares nos llevaba el interés de seguir ensayando sobre armas nucleares cada vez más eficaces.

—Perdón, señor —interrumpió todavía sin sentarse el joven periodista australiano—. Cuando dice cada vez más «eficaces», ¿se entiende cada vez más mortíferas, más «eficaces» para terminar con los hombres, con la vida de la Humanidad, mi general?

—Es una pregunta capciosa a la cual el general Limdberg puede negarse a contestar —intervino el apuesto Tonmy Steiger, como agregado de prensa del Pentágono, encargado de encauzar el diálogo de los periodistas.

—Perdone, señor Steiger —admitió Kingaby, sentándose—. Y perdone mi interrupción al general.

—Hasta ahora —volvió a tomar el hilo de su discurso el general

del Alto Mando Aéreo Estratégico—, todo el esfuerzo de disuasión nuclear del país ha sido enfocado hacia Rusia. Para que a los dirigentes de Moscú no les quede ninguna duda en cuanto a las consecuencias de una posible guerra atómica, nuestro Secretario de Defensa les ha dado amplia información del poderío de nuestra nación.

—¿No se debería hacer lo mismo con respecto a China? —intervino una voz.

—Creo haberles dicho que los dirigentes de Pekín obran ciegamente. Todo intento por demostrarles lo que significaría una guerra nuclear resbala por encima de su fanatismo. Por ejemplo, en un detallado informe militar se les ha indicado lo que sucedería de ser atacada China por nuestros bombarderos tripulados. Por encima les diré que se puede calcular que en la primera oleada nuestros aviones lanzarían unas cuatrocientas bombas del tipo de veinticinco megatoneladas, lo que equivaldría a… ¡DIEZ MIL MILLONES! de toneladas de TNT, o sea, más de seis toneladas por habitantes, hombre, mujer o niño de la China…

Nuevos murmullos y exclamaciones ante la realidad de aquellas cifras que, con su habitual pericia, el general Limdberg sabía hacer patentes con sus ejemplos y acertadas comparaciones.

Quiso remachar estas opiniones y añadió:

—Les diré que una sola bomba de veinticinco megatoneladas es un pavoroso instrumento de destrucción. Bastará recordarles que es unas 1.250 veces más potente que la que nos vimos obligados a arrojar en Hiroshima y Nagasaki. La onda de choque de semejante bomba destruiría casi la totalidad de los edificios en una superficie de 650 kilómetros cuadrados, causando la muerte a un ochenta por ciento de la población. Pero hay más, señores: cuando una monstruosa explosión de millones de toneladas se produce en la Tierra, la bola de fuego resultante absorbe grandes cantidades de cascotes y escombros que, pulverizados al segundo, a su vez se convierten en materia de destrucción. Esta masa de partículas radiactivas es elevada después por la corriente de aire de la inmensa nube originada por el estallido de la bomba, para volver a caer a la Tierra al cabo de algunas horas.

»Los expertos llaman a esto «lluvia sucia» y ello agrega una nueva dimensión a la guerra nuclear, haciéndola mucho más

mortal. Cosa que no quieren entender los dirigentes chinos.

Gentilmente, el general Limdberg cedió la palabra a un experto en cuestiones nucleares, que se levantó para leer el siguiente informe a todos los presentes:

—La precipitación radiactiva de una sola bomba de veinticinco megatoneladas puede cubrir, con su residuo letal, una superficie de 38.000 kilómetros cuadrados. Esto es la superficie total de una nación como Suiza.

Carraspeó el sabio atómico, antes de seguir informando:

—En algunos lugares de esa gran extensión de terreno, la contaminación sería tan grande, tan intensa, que exponerse a ella durante una hora significaría infaliblemente la muerte…

Nuevamente, volvió a tomar la palabra el general Mitchs Limdberg, diciendo como experto militar:

—Para sobrevivir a esta lluvia mortífera, los campesinos chinos tendrían que buscar refugio en cuevas previamente preparadas, bajo tierra. Mas, aunque así lo hicieran, el mundo al cual salieran los pocos supervivientes no sería muy seguro.

Aprovechando que el general bebía un poco de agua, una voz brotó del auditorio preguntando:

—¿Qué proporción del territorio chino quedaría contaminado por la radiactividad, por esa tenue «lluvia sucia»?

—La pregunta es un simple problema de aritmética, señor —contestó Mitchs Limdberg, al que no le gustaba perder tiempo—. Si una sola bomba de veinticinco megatoneladas contamina, como ya nos han dicho, una extensión de 38.000 kilómetros cuadrados, multiplique eso por cien, doscientos, quinientos o mil y obtendrá el resultado.

El periodista que había hecho la pregunta se sintió algo avergonzado, pero la voz del general del Alto Mando Aéreo Estratégico le ayudó, siguiendo:

—Pocos ignoran que las fronteras nacionales de China, propiamente dicha y no sus aliados y satélites, tienen un área de unos 10.473,245 kilómetros cuadrados, aproximadamente la misma extensión que tiene el Canadá. Pero repetimos que la mayor población está concentrada en sus trece provincias más fértiles; lo que quiere decir que unos mil millones de chinos viven en la quinta parte de su inmenso territorio: lo que ellos llaman la «Buena Tierra

de China», que ha sido tradicionalmente su despensa.

Con su agudeza de siempre, el joven australiano Kingaby interpretó las últimas palabras del general informante y atajó:

—En otras palabras, señor: que eso no significa un área muy grande y los mandos militares calculan que bastarían con unas cuatrocientas bombas.

Mitchs Limdberg no se amilanó y confirmó, como experto militar:

—Diga más bien superbombas, señor Kingaby. De esta forma estaríamos más seguros. ¿Olvida que ya las tenemos de cien megatoneladas?

Ted Aworth había permanecido muy silencioso durante gran parte de la rueda de prensa, limitándose, nada más que a lo primero, cuando se inició, a formular las preguntas esenciales para informar al público al cual se debía. Todos aquellos datos y palabras que recordaban que la guerra siempre ha sido una actividad nefanda, se los sabía de memoria y no le interesaban. Por eso quiso saber, de forma directa al preguntar:

—¿Y ellos, general Limdberg? ¿De cuántas megatoneladas tienen ellos sus bombas atómicas?

El general en jefe del Alto Mando Aéreo Estratégico sonrió, antes de contestar:

—Por poder de una forma precisa contestar a su pregunta, señor Aworth, créame que sería capaz hasta de ofrecer mi vida. Y ahora, si me lo permiten y para que ustedes a su vez puedan escribir sus crónicas que informen al mundo entero, dejemos que el señor Hinz, como sabio atómico, complete este coloquio con algunos datos interesantes.

El señor Hinz se levantó consultando antes sus cuartillas, diciendo:

—Pese a todo lo que hemos vuelto a recordar aquí, cuesta trabajo concebir todo el horror que significa una guerra nuclear. Por si ello contribuye a frenar a nuestros enemigos acuciados por la opinión mundial, vayan por delante estos datos: el factor especial es el radiactivo, o como decimos los expertos, el estroncio 90 que resulta de la fisión del átomo de uranio. Tiene una vida media de veintiocho años, lo cual significa que si estallase la guerra este año, en el 2029 todavía se encontraría la mitad del estroncio 90

producido por los estallidos de las bombas nucleares y una cuarta parte de su cantidad original persistiría en el suelo hasta el año 2090…

El profesor Hinz no tenía necesidad de consultar sus notas, pero por modestia natural miraba a las cuartillas que tenía ante él, sobre la mesa al añadir:

—Por su afinidad química con el calcio, este elemento sería absorbido por los alimentos, pasaría al organismo humano y allí se «asentaría» para producir horribles tumores óseos, cáncer y otras enfermedades incurables.

—En otras palabras, profesor Hinz —intervino ahora Dina Blay —. Que la potencia del estroncio 90 es tal que, cayendo en esa «lluvia sucia», en esa lluvia radiactiva, puede destruir totalmente la vida.

—De una forma absoluta no, señorita —informó el sabio—. Se presupone que China tiene ya construidos infinidad de refugios subterráneos, como nosotros, para el caso de una guerra termonuclear; pero la tierra, el suelo, quedaría durante todos esos años prácticamente inservible.

Volvió a tomar la palabra nuevamente el general Mitchs Limdberg, diciendo con profundo sentimiento:

—Si los dirigentes de China llegan a comprender estas verdades, casi estoy por afirmar que desistirán de emprender esa aventura nuclear que parecen dispuestos a empezar.

—¡Debemos hacer lo posible para que así lo entiendan! —gritaron varias voces a la vez.

—¡Sí! ¡Hay que apurar todas las posibilidades!

Nuevamente el coronel ayudante del general Mitchs Limdberg reclamó silencio, aclarando:

—Son ustedes, como periodistas, como escritores como los que en muchas ocasiones forman la conciencia y la opinión mundial, los que deben afanarse en sus crónicas y artículos para inculcar al mundo unas ideas pacifistas que eviten la posible catástrofe.

Con mudo gesto le atajó el general en jefe Mitchs Limdberg, que alzó la voz agradecido mirando al coronel ayudante y diciendo:

—Como en tantas ocasiones, el coronel Stoyte Chandler ha interpretado a la perfección mis intenciones, amigos míos. El hecho de haberles reunido aquí, en esta rueda de prensa que algunos de

ustedes solicitaban, no tiene más motivo que recordarles, vivamente, casi de una manera gráfica, lo que se avecina. Y si todos hemos de trabajar para que tal cosa no ocurra, a ustedes también ¡es compite arrimar el hombro, estrujando sus privilegiados cerebros. Espero que sacrifiquen todo sentido literario a la verdad objetiva y que, en todo caso, las alas que les presten su imaginación contribuyan a dar una imagen real de lo que significaría tal catástrofe.

Dio por terminada la rueda de prensa levantándose, no sin añadir:

—Por nuestra parte, estamos apurando todas las vías diplomáticas para convencer a los dirigentes de China de que sería una locura lanzarse a una aventura semejante. Al hombre le esperan nuevas tareas en las cuales luchar y competir: saben que me estoy refiriendo a la conquista del espacio, donde nuevos mundos nos esperan así que superemos el esfuerzo para llegar hasta ellos. Y. en último término, pronto anunciaremos un nuevo experimento nuclear donde serán probados otros ingenios… ¡Quiera Dios que esas nuevas pruebas les sirvan de disuasión!

Vio que algunos de los periodistas no se levantaban y anunció, enérgico y tajante:

—Hemos terminado, caballeros. El tiempo vale dinero… ¡Y quizá también millones de vidas!

Capítulo IV

Reunidos en la regia mansión de la caprichosa multimillonaria Jennifer Newman, tenaz aficionada a coleccionar perros caniches, cuadros abstractos y maridos, Dina Blay y Ted Aworth dialogaban, apartados de los numerosos invitados y conseguir así al menos un poco de intimidad.

Desde unas semanas atrás Washington padecía la misma efervescencia que afectaba a todas las grandes ciudades de la Tierra. Se diría que, conscientes de que podía llegar de un instante a otro el último hálito de la vida, todos se lanzaban al desenfreno de las grandes fiestas y reuniones, como si un secreto instinto les pidiera al menos morir juntos los amigos.

Corría la voz de que Paul Getty, uno de los hombres más ricos del mundo, había hecho donación de su inmensa fortuna a una institución benéfica de Londres, tras una fabulosa fiesta en la que todos sus invitados recibieron como postre cazos de diamantes sin tallar, de los muchos que eran extraídos en sus ricos yacimientos del África del Sur. También se decía que Yasio Yakimoto, el mayor naviero japonés cuya flota superaba los quinientos barcos, se había presentado en el Consulado de China y había tenido una larga charla con el representante de aquel pueblo. El resultado de la entrevista había sido la entrega de las escrituras por las cuales, bajo la firma y el sello de Yasio Yakimoto, la República Popular China pasaba a ser la propietaria de todos sus cuantiosos negocios con la condición de que, al menos, sus dirigentes más responsables no declarasen la guerra atómica durante lo que faltaba de mes.

¡Ahí era nada!

Más de cincuenta mil millones de dólares había pagado el viejo Yasio por tener la seguridad que podría vivir tranquilo los últimos

veinte días del mes de junio del año 2001.

Hablando de lo que el viejo multimillonario japonés había pagado por aquella relativa y corta tregua, un pesimista de la reunión dijo:

—Es más difícil que no estalle la guerra que atar mosquitos o tragarse camellos.

Su comentario no tuvo ni el premio de una sonrisa porque alguien que llegaba en vuelo directo de París contó a todo el que quiso escucharle que el Presidente de la República Francesa había dimitido. Su comentario fue:

—Dijo al Parlamento y a la Asamblea que no quería tener la responsabilidad de dirigir un atajo de locos en tan críticos momentos.

—Esa excusa es más absurda que pedirle a un pez que se bañe —volvió a decir el chistoso del anterior comentario, por si esta vez tenía más suerte.

No la tuvo porque una mujer dio la noticia de que Sandra Scarletty, la famosa cantante de Ópera, se había lanzado a la calle desde el piso más alto de su palacete florentino, tras leer unos comentarios sobre la guerra atómica que resultaba inevitable.

—Haría calor y necesitaría aire fresco —sentenció el mismo chistoso.

Nadie le hizo caso, porque todos hablaban a la vez y más que escuchar las opiniones y comentarios de los otros se habían reunido en la fastuosa fiesta de la banal Jennifer Newman para soltar sus opiniones y así poder desahogarse.

El caso era no sentirse solo, no pensar solo, no abismarse en la catástrofe que podía ocurrir, o al menos, como decían los antiguos vaqueros del Oeste, morir fuera de la cama, con las botas puestas y libando el último sorbo de vida.

—Esos chinos necesitan un escarmiento —dijo alguien, belicosamente.

—Lo malo es que, una vez abierta la caja de los truenos, habrá fuegos artificiales para todos —auguró otro.

Una mujer se desmayó. Algunos dijeron que fue por el miedo que todas aquellas conversaciones despertaban en su ánimo. Los más maliciosos cuchichearon que el desmayo era un exceso de whisky escocés, del que la anfitriona Jennifer Newman hacía servir

a sus invitados así que los criados alcanzaban a ver un vaso vacío.

Lo que sí era cierto es que el mundo vivía una loca carrera de desenfrenos y que las cosas más peregrinas y absurdas ocurrían en aquellos últimos días.

Por ejemplo, cada día había más peticiones de jóvenes que no llegaban a los veinte años y que deseaban casarse. Muchachitas que apenas habían cumplido los dieciséis, abogaban con firmeza:

—¡Tenemos derecho a vivir! Nuestros padres tuvieron tiempo. ¡Nosotras no!

También hubo más peticiones de divorcios. Algunos, incluso no esperaron a que los tribunales resolvieran sus casos y tiraron por la calle de en medio, saltándose todas las leyes a la torera.

¡No había nadie que cumpliera sus compromisos contraídos!

¿Para qué?

El robo, la criminalidad y los abusos aumentaban de forma alarmante en todos los sitios. Se hubiera dicho que volvía a imponerse la ley de la fuerza, como en los tiempos antidiluvianos, cuando el que esgrimía la estaca más grande y potente lograba imponer su voluntad.

La policía se veía y deseaba para lograr establecer el orden hasta en las más pequeñas comunidades. Una especie de psicosis colectiva se apoderaba de la gente que quería hacer, en muy poco tiempo, en los días que les quedaran de vida, lo que había sido el sueño dorado de su resignada existencia.

Las barreras de los convencionalismos saltaban hechas pedazos por el afán desmedido de disfrutar, en pocas horas, el mayor número de goces posibles. Esto llevaba gradualmente al hombre a convertirse en una fiera, en un animal de presa para sus semejantes, apartándolos como fuera si le estorbaban.

Las mujeres no se quedaban atrás. Furias desatadas en los casos más extremos y de mayor degradación moral, eran presas fáciles de aquél estado de cosas en donde el final se adivinaba pronto. Los escándalos se sucedían y la misma Jennifer Newman, por otro lado mujer de exquisitos gustos y refinada educación, se lamentaba al comentar entre sus invitados el posible fin del mundo:

—¡Lástima! De mis cuatro divorcios sólo tengo recuerdos desagradables. ¡No tuve suerte al elegir a mis maridos! Me llevaré a la tumba la impresión de que los hombres no valen una lágrima.

El joven periodista australiano Kingaby era uno de sus invitados y al oírla comentó, con su agudeza habitual:

—Mí querida Jenny: con los hombres y con las mujeres sucede como con los melones. Hay de todo: la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleva chasco en la elección, bien está que se queje de su mala suerte… ¡Pero no debe desacreditar la mercancía!

Jennifer Newman juntó las manos y exclamó, fijos sus ojos azules en el joven periodista:

—¡Ah! Si te hubiera conocido a ti entonces, Kingaby. ¡Otro gallo me cantaría!

Pese a su mordacidad, por cortesía Kingaby no dijo lo que pensaba en aquel instante. ¿Para qué amargar a la dueña de la casa recordándole que casi le doblaba la edad? Cuando Jennifer Newman se lanzó a la loca carrera de buscar su primer marido, Jim Kingaby andaba en calzón corto persiguiendo canguros saltarines en su querida Australia.

Se limitó a sonreír y propuso a la anfitriona de la fiesta:

—Querida Jenny: ¿por qué no tomas todos tus perros, todos tus cuadros abstractos y algunos amigos y en tu lujoso yate emprendéis un crucero? ¡Seguir en Washington es peligroso! El primer «confetti» de los chinos caerá aquí.

Jennifer Newman hizo un nuevo aspaviento y exclamó:

—¡Eres genial, Kingaby! ¡Es una excelente idea!

El elegante y pulcro Tommy Steiger se acercó agitando los cubitos de hielo, en su vaso y de forma indolente informó al grupo:

—Yo he pensado lo mismo y se lo estaba diciendo a Yal Siegel, a Werner Tay y a Mitzi Hyer. ¡Los cuatro aceptaríamos ser tus invitados, querida Jenny!

—Ya somos seis, Tommy —aceptó al instante Jennifer Newman. Y poniéndole una de sus manos en el hombre a Jim Kingaby, le miró dulcemente añadiendo—: ¡Jim será mi pareja!

El joven periodista australiano tragó saliva y al hacerlo casi se atragantó. Ya se veía enroscado en los brazos de aquella odalisca desenfrenada y protestó:

—Lo siento, Jenny, tengo algunos compromisos y…

—¿Qué clase de compromisos? —protestó la cuarentona—. ¿Alguna rubita?

—Tengo que escribir algunos artículos, enviarle a mi jefe

algunas crónicas a Sidney y terminar el último capítulo de la novela que estoy escribiendo.

Nuevamente, con la calma que era habitual en el agregado de prensa del Pentágono, Tommy Steiger intervino:

—Podrás dedicarte a escribir el último capítulo de tu novela, querido Jim; pero no creo que puedas escribir una sola línea de esos artículos que dices. O al menos no se publicarán…

Jim Kingaby miró extrañado al agregado de prensa del Pentágono y preguntó:

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no se publicarán mis artículos?

Tommy Steiger guardó silencio antes de contestar, bebiendo otro sorbo del frío whisky que contenía su vaso. Normalmente, siempre se recreaba antes de soltar una noticia: disfrutaba con el privilegio de ser uno de los pocos hombres del país que tenía acceso a los secretos del Alto Mando Conjunto del Pentágono y, cuando vio que el corro de invitados aumentaba en torno de ellos, lo soltó:

—Mañana se publicará una nueva ley de prensa… La Casa Blanca ha decidido suprimir, momentáneamente, por unos días nada más, todos los diarios. Es una medida prudente que se ha tomado tras serias deliberaciones, amigos míos. Muchos de los artículos que se publican en estos días de tensión son contraproducentes. Con tal de aumentar sus tirajes y aprovechando el sensacionalismo, hay periodistas que están cargando las tintas negras de tal manera que el público, decide obrar por la tremenda, con la firme convicción de que está viviendo sus últimos días.

—¡Pero esa medida es anticonstitucional! —protestó Ted Aworth, que se había acercado como otros muchos al corro formado.

—Querido Ted, cuando el país y quizás el mundo entero está en peligro, el Presidente puede usar del poder ejecutivo —replicó Tommy Steiger.

—Bien: que use de ese poder y naga lo que quiera —replicó al instante Ted Aworth—. Pero ¿ya han pensado en las consecuencias? La carencia absoluta de noticias alarmará mucho más a la gente. Creerá que ha llegado el final y que cada minuto puede ser el último. ¡Resultará desastroso, Tommy!

—No lo creas; ya se ha pensado en eso y el país no estará sin noticias. La Televisión y todas las cadenas de radio funcionarán

durante veinticuatro horas en esos días y el público estará enterado de todo lo que pasa. Pero el Gobierno podrá así controlar mucho mejor todas las informaciones y no habrá lugar a falsas alarmas que están creando una psicosis colectiva de desenfreno y suicidios.

La alegre fiesta de Jennifer Newman se había convertido en una reunión de hombres y mujeres angustiados, y pese a estar allí para divertirse y pasarlo bien, no podían evitar vivir los instantes cruciales por los que estaba pasando el mundo entero.

Las últimas aclaraciones de Tonmy Steiger parecían bastante sensatas y al no objetar nada ninguno de los presentes, el agregado de prensa del Pentágono remachó, justificando las drásticas medidas del Gobierno:

—¿Han leído alguno de ustedes las páginas de sucesos de cualquier diario? El Departamento de Prensa de la Casa Blanca sí lo ha hecho y hemos quedado horrorizados; en los dos últimos días, en Londres ha habido cien suicidios y treinta crímenes, amén de quince asaltos a bancos, dos mil robos y unos tres mil delitos de menor cuantía. En París, ha ocurrido otro tanto y en todas partes… ¡Y gran parte de todo eso es debido a los titulares y los artículos de la prensa!

Warner Tay, un hombre que veía enemigos por todas partes, exclamó con firmeza:

—Tommy tiene razón: yo diría que la misma China está azuzando ese fuego, para que nos cozamos todos en el caldo del terror y el miedo.

Su amigo Yal Siegel era de la misma opinión y remachó:

—¡Ésa es la fija! Si el mundo enloquece presa del terror, no tendrán que usar ni sus bombas atómicas.

—Al menos en nuestro país no ocurrirá —volvió a intervenir Tommy Steiger—. Las noticias que se den por la radio y la televisión serán comedidas y alentadoras. Se procurará que todo siga igual, hasta vencer estos críticos días.

Dina Blay presionó el brazo de Ted Aworth, susurrándole sólo para él:

—¿Crees que será prudente dejar sin información escrita al país, Ted?

—No lo sé, Dina. Pero, si lo han decidido así, tendremos que aceptarlo. Es posible que se eviten mayores males.

—Ésa es la intención del Gobierno, Ted —contestó a sus palabras el elegante Tommy Steiger—. Mañana se leerá el comunicado por todas las emisoras y el pueblo comprenderá la medida.

Siempre animosa y deseando alegrar su fiesta, Jennifer Newman comentó sonriéndole al joven Jim Kingaby:

—Lo cual significa, que todos los periodistas tomarán unas vacaciones forzosas durante algunos días. Eso os pasa por ser unos grandísimos bribones embusteros, que aterrorizáis a la gente con el pesimismo de vuestros artículos.

El joven australiano protestó:

—Yo no he atemorizado a nadie, Jenny; en los últimos días me he limitado a escribir sobre la conveniencia de cazar canguros en Australia o dedicarse a la pesca de pirañas en el Amazonas.

—Podemos ir a pescar tiburones al Pacífico —insistió Tommy Steiger—. ¿Qué hay de ese crucero en tu yate, Jenny?

Incisivo, molesto por las miradas que de vez en cuando el agregado de prensa del Pentágono lanzaba a Dina Blay, Ted Aworth le preguntó:

—¿Tú también disfrutarás de vacaciones forzosas, Tommy?

—Por supuesto, Ted; si no sale un solo diario a la calle, el general Mitchs Limdberg no me necesitará para nada. No olvides que mi función es controlaros en cierta forma a vosotros.

Dando palmadas, Jennifer Newman animó:

—No se hable más. Mi yate tiene sesenta camarotes. ¿Quién se apunta?

Hizo un mudo gesto al mayordomo encargado de la servidumbre y pidió:

—Toma nota, Sam. ¡Puedo invitar hasta ciento veinte!

Muchos se miraron sorprendidos, pero fue el alarmado Jim Kingaby quien preguntó:

—¿Has dicho ciento veinte, Jenny? Si tu yate tiene sesenta camarotes… ¿Dónde van a alojarse los otros sesenta invitados?

Jennifer Newman le obsequió con la mejor de sus sonrisas, contestando evasivamente:

—A veces resultas de una ingenuidad encantadora, querido Jim. Se presupone que para que resulte igualado mis invitados serán sesenta parejas.

Jim Kingaby pareció alarmarse todavía más y entregando su vaso de whisky vacío a Ted Aworth se escabulló balbuciendo:

—Perdonad, amigos… ¡Ahora recuerdo que tengo que hacer una llamada telefónica a mi madre!

La carcajada fue general y los ánimos parecían más optimistas, como si todos se empeñaran en olvidar la terrible amenaza que, como una espada de Damocles, pendía sobre el cuello de la Humanidad.

La orquesta creyó que era el momento de empezar el baile y con sus acordes musicales invitó a no pocas parejas a salir a la gran terraza, donde las estrellas, lejanas y ajenas a los problemas de los hombres, parecían hacerles guiños divertidos con su fulgor eterno que tachonaba el cielo.

Tommy Steiger se acercó a Dina Blay, invitándola:

—¿Bailamos, Dina?

Fugazmente, la muchacha miró a Ted Aworth, pero al instante se dijo con cierta rebeldía que no tenía por qué pedirle permiso a él para bailar. A fin de cuentas, no eran nada más que buenos amigos, aunque pila estuviera en secreto perdidamente enamorada del apuesto periodista.

Por otra parte, no tenía por qué despreciar al agregado de prensa y ofreció, dejando que su brazo oprimiese su torneada cintura.

—Sí, Tommy… ¡Bailemos!

Todos parecían divertirse, excepto el eterno pesimista de Werner Tay, quien, alzando su vaso hacia el cielo, como si invitase a la luna a brindar, musitó para sí :

—A tu salud, Diana… ¡Y ruega a los dioses para que éste no sea el último baile!

Capítulo V

Mientras bailaban, deseando la atención de su pareja el calmoso Tommy Steiger preguntó a Dina Blay:

—¿Aceptarás la invitación de Jenny?

La muchacha le prestó más atención, respondiendo evasivamente:

—No creo que estén las cosas para un crucero de placer, Tommy.

—¡Al contrario, linda! Ahora es cuando más debe uno libar el néctar de la vida.

Dina Blay le miró fijamente, algo molesta y ofendida:

—¿Eres también de los que cree en el fin del mundo? ¿Apruebas a esos locos que pierden la cabeza y se lanzan a toda clase de desenfrenos con la excusa de que la guerra atómica es inevitable?

Tommy Steiger no perdió su habitual calma y la oprimió más entre sus brazos. Y su voz casi era un susurro, al musitar:

—Creo en la vida, porque existes tú, Dina. El mundo me parece hermoso y temo por él… ¡Pero más temo no conseguirte a ti!

Dina Blay creyó conveniente dejar de bailar, pero el hombre la siguió sin molestarse por sus palabras.

—Ya hemos hablado de eso otras veces, Tommy. Sabes que no estoy enamorada de ti.

—El amor es un fruto del matrimonio, querida Dina. Cuando seas mi esposa lo comprenderás.

—No insistas. Por ahora no he pensado en casarme.

La pregunta de Tommy Steiger estaba cargada de cierto reproche.

—¿Ni incluso con Ted Aworth?

Dina Blay quería ser sincera con ella misma, pero vaciló. Su

respuesta también resultó evasiva:

—Ted nunca me ha pedido que me case con él.

—¡Ni lo hará!

Ahora el reproche estaba en los ojos azules de la mujer.

—¿Por qué estás tan seguro, Tommy?

—Ted Aworth es un conquistador de mujeres fáciles. ¡Siempre será así!

—Ha cambiado mucho últimamente.

—¿Le defiendes

—Digo la verdad. Los hombres, cuando sois atractivos y las mujeres os acosan, no podéis resistir la tentación de dejaros querer.

—¡Yo no soy así!

Dina Blay le miró algo divertida y despectiva.

Pero no tenía ninguna necesidad de herirle y se limitó a decir:

—Tú y Ted sois sustancialmente distintos.

—En otras palabras, Dina: que vuelves a darme calabazas y confiesas que estás enamorada de él.

—¡Yo no he dicho eso! —protestó la muchacha.

La voz varonil y bien timbrada de Ted Aworth les sorprendió a los dos al sonar a sus espaldas:

—Yo, sin embargo, confieso estar enamorado de ti, Dina.

—¡Ted!

Con gesto huraño, Tommy Steiger se volvió indagando:

—¿Nos escuchabas?

—Simplemente, me acercaba para pedir a Dina que bailase.

Y luego, sin hacer caso a Tommy Steiger, tomando entre las suyas las manos de la muchacha, preguntó dulcemente:

—¿Quieres casarte conmigo mañana, Dina?

La muchacha se ruborizó absurdamente y luego, recordando la rotunda afirmación del agregado de prensa del Pentágono, le miró sonriente y retadora.

—¿No decías que Ted nunca sé casaría?

La respuesta de Tommy Steiger no fue para ella, sino para el hombre rival al desear saber:

—¿Por qué tanta prisa, Ted? ¿Piensas también que se terminará el mundo y deseas aprovechar el tiempo que nos quede?

—Pienso en el viaje que Jennifer Newman va a realizar en su yate y en que se empeña en invitar sólo a los matrimonios. Y la

única forma de que Dina y yo podamos ir juntos es casándonos.

Tommy Steiger estaba despechado, pero no perdió la calma al decir, intencionadamente:

—Antes no pensabas así. ¡Te has vuelto muy moral, Ted!

—Dina es distinta a las demás. Y todo eso a lo que quieres hacer ahora inoportunamente alusión, no me habría ocurrido de haber encontrado antes una mujer como ella. Me enamoré de Dina nada más conocerla y la quiero desde hace tiempo. Sólo que quería estar seguro.

Agradecida, sintiendo en lo más íntimo de su ser una inmensa felicidad, la muchacha se apretó junto al brazo del hombre amado y le sonrió con infinita dulzura.

Aquello hirió todavía más los sentimientos de Tommy Steiger que miró burlón a la muchacha, musitando:

—¿Distinta?… Estoy seguro de que si la invitas a ese viaje, sin casarte, aceptará también.

No dio un paso cuando la mano de Ted Aworth le tocó un hombro, invitándole colérico y apenas sin poder contenerse:

—¡Retira esas palabras, Tommy! ¡Retíralas o no respondo de mí!

También retador, Tommy Steiger preguntó:

—¿Y qué harás si no las retiro?

—¡ESTO!

La respuesta fue tan contundente como el directo que en plena barbilla le propinó, lanzándole sobre las baldosas de la terraza para gran alarma de todos los invitados que dejaron de bailar y beber y corrieron hacia donde estaban los tres.

Jennifer Newman hizo uno de sus aspavientos llevándose ambas manos a la cabeza y exclamó, histéricamente:

—¡Se han pegado! ¡Se han pegado por una mujer! ¡Eso es formidable! Hoy en día no suelen ocurrir estas cosas. ¿No os parece formidable? ¡Es maravilloso!

A Kingaby no le parecía tan maravillosa la escena del agregado de prensa del Pentágono tendido en el suelo sin conocimiento por el duro puñetazo recibido y solicitó:

—Ayúdame, Werner. ¡Hay que reanimarle!

—Es mejor que os lo llevéis de aquí —pidió Ted Aworth—. ¡No quiero más problemas!

Cuando se recuperó Tommy Steiger, desde el vestíbulo,

acompañado por varios de sus más íntimos amigos bramó, el puño alzado aunque sabía que desde la terraza ni Dina ni Ted podían verla:

—¡Me pagarás esto, Ted! ¡Condenado presumido! ¡Me las pagarás!

Werner Tay, con su eterno pesimismo a cuestas y viendo en los belicosos dirigentes de China los culpables de todo cuanto ocurría, comentó ante uno de los coros de los invitados:

—¡Lo dije! Esos chinos no tendrán ni que emplear sus bombas contra nosotros. Han iniciado antes una guerra de nervios y nos destrozaremos los unos a los otros.

—¡Qué narices, Werner! Nada tiene que ver la disputa de Ted y Tommy con la crisis mundial —protestó una mujer alta y rubia.

—¿Ah, no? ¡Pues yo digo que sí! —insistió el aludido—. ¿Por qué creéis que esta mañana mi secretaria me plantó? ¡Por los chinos!

Picante e incisiva como siempre, cargada con sus obsesivas ideas, Jennifer Newman se acercó contradiciéndole:

—Tu secretaria se despidió porque siempre la estabas acosando como a un pobrecillo ratón en tu despacho.

—¡Eso no es cierto, Jenny! Otras veces había invitado a mi secretaria a cenar y nunca se enfadó tanto al negarse. Lo que pasa es que esos condenados chinos nos han puesto los nervios de punta a todos y explotamos a la más mínima. Yo digo que los chinos…

Se quedó sin decirlo, porque se alejaron de él nuevamente requeridos por la activa dueña de la casa, que se empeñaba en añadir nombres a la lista de sus invitados para realizar el viaje en su yate, que calmosamente y con aire aburrido el mayordomo Sam iba escribiendo según se los dictaba la anfitriona de la fiesta.

Procurando olvidar el desagradable incidente Dina Blay se acercó a ella colgada del brazo de Ted Aworth, anunciando radiante de felicidad:

—Apúntanos a Ted y a mí, querida Jenny. ¡Os acompañaremos en ese viaje!

Jennifer Newman abrió ojos como platos y zumbona le preguntó al periodista:

—¡Canastos, Ted! ¿Cómo has logrado convencer a Dina?

Para evitar falsas interpretaciones entre todos los reunidos Ted

Aworth completó la información, anunciando muy satisfecho:

—Vamos a casarnos mañana, Jenny.

—¡Vaya! ¡Ésta sí que es una buena noticia! —exclamó Mitzi Hyer, una vivaz morenita, amiga íntima de Dina Blay.

Corrió a sus brazos y la besó en las mejillas felicitándola sinceramente, mientras los amigos de Ted Aworth, alzando los vasos y las copas, exclamaron a coro:

—¡Hurra! ¡Por vuestra felicidad!

Sólo Werner Tay, con su cara compungida, musitó en el rincón del salón donde le habían dejado rumiando en la hipotética culpabilidad de los chinos:

—¡Sí, sí! Por su felicidad… ¡Mucho nos va a durar a todos las alegrías!

CAPÍTULO VI

Dina Blay cerró la ducha y gozosa dejó resbalar las gotas de agua por su piel sedosa, recreándose con el pensamiento de que pronto asistiría a una sencilla ceremonia en la cual ella y Ted Aworth serían los dos principales protagonistas.

El sacerdote preguntaría:

—«Ted Aworth, ¿quieres a Dina Blay por esposa?»

Él diría que sí con los ojos llenos de ilusión y a su vez, cuando le hicieran la misma pregunta a ella, la afirmación partiría de sus labios rotunda. Así quedarían unidos en matrimonio ante los ojos de Dios y de los hombres y la fórmula «hasta que la muerte os separe» quedaría bien impresa en sus corazones.

—Hasta que la muerte nos separe… —musitó para si la muchacha.

Eligió un sencillo vestido al que tenía un particular cariño, en realidad, la sentaba muy bien, moldeado su escultural silueta de líneas juveniles y atractivas que siempre llamaban la atención de los hombres.

Se dio prisa en vestirse, aunque aún faltaban seis horas para que el yate de Jennifer Newman zarpase rumbo al Pacífico en un viaje que duraría unas tres semanas: de Washington a Florida para cruzar al poco el Canal de Panamá y, una vez en el Pacífico, poner rumbo al sur, hasta alcanzar las costas orientales de Nueva Zelanda. Allí el joven periodista australiano Jim Kingaby volaría hasta Sidney, mientras el resto de los invitados emprenderían el regreso después de aquellos días de haber vivido como fuera del mundo, entre el cielo y el mar sin límites, embriagándose de aire y de sol y olvidándose lo más posible de que el hermoso y acogedor planeta

Tierra pasaba por uno de los momentos más críticos de su dilatada historia.

Quizá, si la sensatez volvía a los hombres, al regreso todo habría pasado y ella continuaría siendo la mujer, más feliz del mundo.

Dina Blay lo deseaba así y procuraba olvidar el comentario del pesimista Werner Tay que había dicho, cuando se vio incluido entre los invitados:

«Acepto porqué puede significar salvar el pellejo momentáneamente. Cuando China y nuestro país se obsequien con sus bombas atómicas mutuamente, el único lugar seguro será el mar, y cuanto más en el corazón del Pacífico, mejor.»

Aunque había terminado por decir:

«Pero me temo que allí también llegue esa cochina lluvia radiactiva. ¡Todo será cuestión de tiempo!»

Más animoso, Dina Blay recordaba que Ted había dicho:

«Por favor, Werner: no seas pájaro de mal agüero. Pero, como nada podemos hacer ninguno de nosotros para evitar la catástrofe, no está mal pensado salir de Washington.»

También recordaba que un poco más tarde su futuro esposo le había dicho a Jennifer Newman que él y Dina irían con la condición de que Tommy Steiger no fuera invitado. El yate de la multimillonaria era grande y espacioso: más bien se trataba de un pequeño transatlántico. Pero, resultaría incómodo, después de la disputa entre los dos hombres, encontrándose en el mismo barco haciendo aquel viaje que, al menos se pretendía así, debía ser un crucero de placer.

Un crucero de placer que era más bien una evasión de la posible catástrofe que amenazaba al mundo. Casi como una huida desesperada, ya que nada podían hacer por su parte para evitar lo que parecía irremediable.

Dina Blay terminó de hacer el equipaje y salió al jardín del «bungalow» para colocar las maletas en el portaequipajes de su «Bronso» color guinda que estaba en el garaje. En pocos minutos volvería a estar en la ciudad y se encontraría con Ted en la Avenida Lincoln, en el hotel donde se hospedaba el joven australiano Jim Kingaby que sería uno de los testigos de la boda.

Luego, su viaje de novios empezaría y el lujoso yate de Jennifer Newman pasearía su luna de miel por el soleado e inmenso Pacífico.

¿No era aquello suficiente para sentirse feliz y olvidarse de todo…?

* * *

Por centésima vez Ted Aworth consultó su reloj y nerviosamente le dijo a Jim Kingaby:

—¡Tiene que haberle pasado algo! ¡Dina nunca se retrasa tanto!

—Todas las mujeres hermosas se olvidan dél reloj cuando alguien las espera —contestó él joven australiano.

—Sí, pero… ¡No cuando van a casarse!

—Tranquilízate, Ted.

—No estoy para bromas ni para agudezas, Jim. Además de que Dina no es esa ciase de mujeres que están una hora ante el espejo.

Paseaba nervioso y dirigiéndose al teléfono anunció:

—¡Voy a llamarla!

Minutos después regresaba a la habitación del amigo más preocupado que antes. La mujer de servicio le había dicho que la señorita Dina Blay había salido con el coche hacía más de dos horas.

Se plantó ante su joven colega y puesto en jarras indagó:

—Bien, Jim, ¿qué opinas de esto?

—Que puede haberse arrepentido.

—Te he dicho antes que no estoy para bromas.

—No es broma, Ted. ¡A mí me han plantado un par de veces!

El teléfono repiqueteó y ambos corrieron hacia el aparato a la vez. Alcanzó el auricular la veloz mano de Ted Aworth y por su cara Jim Kingaby adivinó quién estaba al otro extremo del hilo.

—¿Cómo…? —le oyó exclamar—. ¿Que… que no vas a venir?

La voz de Dina Blay sonaba impersonal y lejana, aunque sus palabras eran perfectamente claras al decir:

—Lo siento, Ted. Debes comprenderme y perdonarme. Lo he pensado mejor y no me decido a ser tu esposa. Tu corazón es una necrópolis de recuerdos amorosos y presiento que nuestro matrimonio sería un fracaso.

Seguía hablándole, dándole infinidad de razones, pero Ted Aworth la interrumpió:

—¿Estás loca, Dina? ¡No puedes haber cambiado de tal forma en

tan pocas horas? ¿Qué diablos te pasa?

Jim Kingaby adivinaba la seca contestación por el rostro angustiado del amigo.

—Repito que lo siento, Ted, pero es mejor así. Deseo que tengáis un buen viaje.

—¡No iré sin ti, Dina! ¡Dime desde dónde me llamas! ¡Quiero, hablar personalmente contigo! ¡No puedes hacerme esto, cariño!

—Es mejor para los dos, Ted. Luego sería demasiado tarde. Y no intentes buscarme porque he salido de casa con las maletas. Yo también voy a emprender un viaje muy largo. Pero aunque insistas no te diré dónde voy…

Jim Kingaby se volvió de espaldas encendiendo un cigarrillo, para violentar menos al amigo. Pero le escuchó gritar, angustiado:

—¡No, Dina! ¡No cuelgues, por favor! ¡No cuelgues!

Reinó el silencio y al minuto, también tenso, Jim Kingaby decidió volverse.

—¡Ha colgado! —exclamó incrédulamente Ted Aworth—. ¡Me ha dejado con la palabra en la boca!

—Lo siento, Ted… Créeme que lo siento en el alma —dijo el joven australiano sinceramente.

—Pero… ¿se habrá vuelto loca? Hablaba y hablaba, pero no parecía la misma. Era como si… como si…

—¿Reconociste su voz?

—¡Claro que era su voz, Jim! ¿Crees que un hombre enamorado confunde la voz de la mujer que ama?

—Bien, Ted, ¿qué piensas hacer?

—Lo malo es que no puedo ni buscarla. Me ha dicho que se va de viaje.

—¿Adonde?

—Se negó a decírmelo. ¡Es desesperante!

Volvía a pasear nervioso a grandes zancadas, las manos cruzadas a la espalda y el amigo aconsejó:

—Cálmate, Ted. Estas cosas suelen ocurrir a veces. Creo que lo mejor es que vengas con nosotros y en estas semanas, cuando regresemos, Dina habrá reflexionado. Después de todo, el anuncio de vuestra boda fue relámpago; es posible que la muchacha quedase primero sorprendida y aceptase, pero que luego, al quedar a solas…

—¡Narices, Jim! No es vanidad, pero te aseguro que observé mil

detalles en Dina y llegué a la conclusión de que me quería.

—A las mujeres no hay quién las comprenda, Ted. ¡Tienen reacciones imprevisibles!

De pronto recordó que Ted Aworth tenía cinco años más que él y un largo historial de aventuras amorosas y encogiéndose de hombros comentó, para hacer menos tensa la situación:

—Bueno… ¡Qué voy a decirte yo a ti! Las conoces mucho mejor que yo.

—Dina es distinta. Tan dulce, tan sincera, tan angelical y tan cariñosa y de pronto, en pocas horas…

—Ya te dije. ¡Reacciones imprevisibles! ¡Con ellas no hay reglas fijas!

Jim Kingaby miró su reloj, cogió sus maletas e invitó, dando por sentado que le seguiría:

—¿Nos vamos? Falta poco para que el yate de Jenny levante anclas.

—No sé qué hacer, Jim. Estoy confuso.

—Lo comprendo, Ted; pero nada adelantarás si te quedas aquí. Si te vienes con nosotros el viaje te ayudará a olvidar todo esto tan desagradable. Y repito que al regreso…

Se interrumpió al verle coger con energía también sus dos maletas, anunciando:

—Vamos, Jim. ¡Al menos no llegaremos tarde también allí!

Mientras bajaban en el ascensor, siguiendo el curso de sus pensamientos Ted Aworth soltó una absurda carcajada diciendo:

—¡Menuda noticia! La cotorra de Jenny va a tener todo el viaje de qué hablar.

—Cuida que no quiera suplantar a Dina, amigo.

Esa mujer es terrible!

Por el camino, mientras a toda velocidad se dirigían hacia el puerto, Ted Aworth siguió bromeando. Pero el joven periodista australiano le conocía muy bien y sabía que detrás de aquellos comentarios que deseaban ser jocosos, el corazón del amigo sangraba.

Y comprobó que era así cuando antes de ascender al yate, le vio volverse y musitar, fija la vista en la ciudad que durante unas semanas dejarían de ver:

—Adiós, Dina, amor mío… Ignoro qué puede haberte hecho

cambiar. Pero si con esta decisión eres feliz, yo soportaré mejor tu falta. ¡Nunca sabrás cómo te quiero y cuánto te necesito!

Capítulo VII

El capitán MacGland Tittelbraen consultó sus cartas marinas y, tras un atento examen de los mapas, preguntó al segundo oficial:

—¿Insiste en que hemos estado navegando doce días con «esto»?

—Así es, capitán. Ni usted ni yo hemos notado nada anormal porque hasta llegar al archipiélago de las islas Hawai las medidas y las anotaciones eran correctas.

—¡Qué diablos! ¡Ahora no lo son, señor Greyson! He cruzado el Pacífico mil veces y a dos días de navegación de las Hawai deben de estar las islas Christians.

El oficial Greyson, hombre tan enérgico como su capitán, se defendió, diciendo:

—Hemos navegado según sus indicaciones y las de la señora Newman, capitán. Ni la tripulación ni yo tenemos la culpa de que usted… usted…

—¡Suéltelo ya, Greyson! ¿Cree que me he equivocado?

—Así parece, señor. Las Christians debían quedar a barlovento hace más de seis horas.

—¡Le digo que éstas no son mis cartas marinas! ¡Y me gustaría saber quién cogió las viejas y puso estas nuevas! ¡Le aplastaría las narices!

—Pero, capitán, ¿cree que alguien lo hizo con intención?

—¡Lo afirmo! ¿Qué me dice usted de la avería de la radio? Hace día y medio que estamos desconectados del mundo.

—Dos marineros están intentando repararla, capitán. ¡No me explico cómo pudo averiarse tanto!

—Pues yo sí, señor Greyson. ¡En el yate tenemos un saboteador! ¡Y usted debe localizarle!

—¿Un saboteador, señor? ¿Con qué intención?

—El diablo lo sabe, Greyson. El caso es que alguien puso aquí estas cartas marinas y hemos estado navegando con ellas tontamente. No he notado la diferencia hasta ahora, pero… ¡mire usted esto!

El grueso índice del capitán MacGland Tittelbraen señalaba un punto determinado del mapa y una vez el segundo oficial se fijó bien su áspero vozarrón volvió a tronar:

—¿Desde cuándo las islas Tokelan quedan a 1.250 millas de las Hawai?

—¡Diantre, capitán? ¡Es cierto!

—Insisto en que alguien desea que nos dirijamos a un punto determinado del Pacífico.

—Pero… ¿para qué, capitán?

—No haga preguntas que no puedo contestar Greyson. ¡Pero es muy raro todo lo que vengo observando!

—¿Se refiere a la desaparición del transistor portátil del señor Tay?

—Me refiero a eso y a otras cosas. De no haber desaparecido ese transistor de forma tan misteriosa y oportuna, aún con la radio averiada habríamos podido comunicarnos con alguien.

Greyson se pellizcó según su costumbre las grises patillas, al preguntar:

—¿Piensa informar de sus temores a la señora Newman y sus invitados, capitán?

—¡No! ¿Qué adelantaríamos con eso? Solamente alarmarles a todos. Ninguno de ellos sabe de navegar más allá de deslizarse por una playa de lujo sobre los patines acuáticos. En este viaje parecen felices y no voy yo a aguarles la fiesta informándoles de algo que sólo pueden ser infundadas sospechas.

Reflexionó un instante el capitán MacGland Tittelbraen, ordenando bruscamente a su oficial:

—Tome el sextante, señor Greyson. Haremos como los antiguos marinos. Con él determinaremos en qué latitud y longitud estamos. ¡Me temo que vamos de cabeza hacia esos islotes rocosos de Molden!

—¿Hacia los islotes de Molden, señor? —repitió el oficial Greyson como un papagayo—. ¡Eso es absurdo! ¡No están en ninguna ruta marítima!

—Precisamente el bromista oculto nos envía por eso hacia allí. ¡Solamente él y el diablo saben para qué!

Minutos después, mientras los invitados de Jennifer Newman tomaban el sol en cubierta o bebían refrescos bajo los toldos, el capitán MacGland Tittelbraen y el segundo oficial Greyson hicieron las debidas comprobaciones con el sextante, como si aquello fuera una labor de rutina;

Estaban algo nerviosos por la avería de la radio y la consiguiente carencia de noticias en unos días en los que, precisamente por la tensa crisis mundial, periódicamente escuchaban los partes de Washington y Pekín para enterarse cómo estaba la situación. Sin embargo, para no afligir a los demás, cada uno de los invitados de Jennifer Newman se esforzaba en no darle mucha importancia a la avería, y hasta hacían bromas entre ellos comentando que así se ahorraban estar pendientes siempre de la catástrofe que podía ocurrir.

Sólo el eterno pesimista Werner Tay se lamentaba de la misteriosa desaparición de su transistor portátil, repitiendo una y otra vez:

—¡No lo comprendo! Lo dejé en mi camarote y no me explico cómo puede haber desaparecido.

Alguien le había preguntado burlón:

—¿Estás seguro de que lo trajiste, Werner? ¿No se lo regalaste a tu nueva secretaria?

—A una chica bonita no se le regala un simple transistor —protestó—. ¡No soy tan agarrado, amigos!

Todos rieron su contestación y no volvieron a preocuparse. A fin de cuentas, ¿no habían emprendido aquel viaje para desajenarse un poco de las malas noticias y los momentos cruciales por los cuales estaba atravesando la Tierra?

Por otra parte, la calma proverbial del Océano Pacífico hacía muy agradable el viaje, contemplando sus aguas siempre iguales y a la par cambiantes, de vez en cuando celebrando la llegada a algún grupo de islas paradisíacas en donde la Naturaleza les mostraba todo su primitivo esplendor.

Y si como seres racionales, como hombres y mujeres que se sentían ligados al resto de la humanidad se preocupaban por la suerte de todos, guardaban estos pensamientos íntimos y estas

inquietudes, para no amargar con sus zozobras a sus compañeros de viaje.

Era natural que se prestasen todos a la comedia y que intentasen ahogar el pesimismo de Werner Tay, que a las pocas horas de averiarse la radio y quedar totalmente desconectados de lo que podía ocurrir al mundo, se le ocurrió comentar:

—¿Y si a estas horas fuéramos nosotros los únicos supervivientes?

Con su buen humor siempre a flor de piel, Jennifer Newman le contestó:

—Mira por dónde te tendrías que casar conmigo…

Werner Tay consideró aquello como una de las desgracias que siempre estaba imaginando y protestó:

—¿Por qué yo? Ted, Jim y Yal Siegel también están sin pareja en este viaje. Sin contar a tu querido y viejo capitán, su oficial y los marineros.

Desde su hamaca, Jennifer Newman le arrojó la toalla haciéndose la ofendida.

—Descarta a Ted, porque sigue enamorado de la ingrata Dina; a Jim porque es casi un bebe para mí; a Yal Siegel porque está tramitando su divorcio y al capitán por ser muy viejo.

La broma seguía y deseando defenderse Werner Tay recordó:

—¿Y qué me dices de ese Greyson? ¡Tiene unas hermosas patillas!

—El señor Greyson me conoce desde niña, cuando mi padre le contrató al comprar este yate.

—Él también debía de ser muy joven, ¿verdad?

Jennifer Newman ya no tenía nada que lanzarle a Werner Tay y se quitó una de las sandalias para bombardearle con ella. Pero no lo hizo contentándose con decir:

—Eres muy galante, querido Werner; pero aunque fueras el único varón sobre la tierra, no me casaría contigo.

—Ya hiciste póquer de maridos, Jenny. ¿Para qué otro más?

—Si se juega con comodín se puede hacer… ¡Repóquer!

A su forma, la dueña del barco había conseguido borrar la impresión que pudiera haber causado el comentario del pesimista Werner Tay. Eso de pensar que era posible que ellos eran los únicos supervivientes de siete mil millones de hombres y mujeres que

poblaban la Tierra, no resultaba nada agradable para dejarlo fijo, como un clavo ardiendo hurgando en las mentes.

Era mejor bromear, contar chistes, tomar el sol, degustar los exquisitos platos que preparaba en la bodega del yate el cocinero chino de Jennifer Newman, bañarse en las puras y limpias aguas del Pacífico, pescar y perseguir tiburones con las lanchas motoras, reunirse por las noches en la cubierta y bailar, o si se deseaba algún momento de intimidad, quedarse en el camarote y leer.

Todo esto lo sabía muy bien el capitán MacGland Tittelbraen y por eso, cuando con su oficial terminó de hacer las comprobaciones con el sextante, se limitó a gruñir diciendo en voz baja al perplejo Greyson:

—¡Hum!… Venga conmigo, señor Greyson… Aquí no debemos hablar

—Pero… ¿Se ha dado cuenta, capitán?

—¡Le he dicho que hablaremos en mi camarote, señor Greyson!

Y antes de pasar cerca de los invitados de la dueña del barco, recomendó sordamente:

—Y ahora sonría, señor Greyson. Sonría como siempre y como si no pasara nada. ¿Entendido?

Greyson cumplió la orden de su capitán y cuando volvieron a pasar entre los despreocupados pasajeros sonrió a derecha e izquierda con la mayor naturalidad. Incluso lo hizo sin esforzarse cuando cambió una mirada con la dueña del yate. Era justo reconocerlo: la señora Jennifer Newman podía tener ya en sus bronceadas espaldas cerca de los cuarenta años y cuatro esposos en su haber. ¡Pero no lo parecía!

Capítulo VIII

Ya en su camarote, el capitán MacGland Tittelbraen miró fijamente a su segundo oficial y tronó:

—Bien, señor Greyson, ¿sabe exactamente dónde estamos?

—Sí, señor; según las mediciones del sextante, a tres grados de latitud Norte, ciento cuarenta grados longitud Oeste.

—Eso ya lo sé; me refiero si sabe hacia qué punto del Océano Pacífico navegamos.

—Hacia los islotes rocosos de Molden, señor.

—¡Bonita jugada! —resopló molesto el rudo capitán—. Quién quiera que nos la haya hecho tiene un sentido del humor pésimo. Necesitaremos dos días más para volver a la ruta normal.

—Eso no debe preocuparle, capitán. ¿No realizan un viaje de placer? Pues dos días más o menos de navegación no puede importarles.

—Sí, pero… ¿Qué les digo? Se presuponía que hoy llegaríamos a las islas Christians. La señora Newman me ordenó que…

—Yo hablaré con la señora Newman, capitán —se ofreció el segundo oficial—. Le diré que hemos tenido que reducir la marcha para dar reposo a los motores. Eso explicará nuestro retraso.

—¿Un retraso de dos días, señor Greyson?

—¡Tengo una idea, capitán! ¿Por qué no les dice que hemos querido darles la ocasión de ver un magnífico espectáculo? Al fin de cuentas, esos pelados islotes rocosos presentan un extraño panorama. Son rocas volcánicas que un día surgieron del fondo del Océano. Les encantará sacar fotografías de esas caprichosas formas de lava petrificada. Yo un día pasé cerca de los islotes Molden y quedé maravillado.

—Señor Greyson… ¡Es usted un excelente oficial! Ha tenido una

magnífica idea. Todos los pasajeros se mostrarán encantados de nuestra decisión.

Refunfuñó algo doblando las alteradas cartas marinas y al fin estalló en voz alta:

—Y si protesta la señora Newman por haber alterado la ruta que nos fijó… ¡Qué diablos! ¡Les diré la verdad!

—¿Entonces, capitán…?

—¡Avante, señor Greyson! Diga al timonel que mantenga eh rumbo.

* * *

De no haber tenido la seria avería en la radio, el capitán MacGland Tittelbraen habría ordenado inmediatamente variar el rumbo para alejarse, a la máxima velocidad, de la proximidad de los islotes de Molden.

Al menos, eso era lo que estaban recomendando hacía dos días todas las emisoras del mundo.

La nueva prueba nuclear tenía un alto significado en aquellos días de tensa crisis entre las dos potencias atómicas que parecían dispuestas a enzarzarse en una: terrible guerra. Con toda seguridad, la belicosa China vería en ello una seria advertencia y quizá, de aquella forma disuasiva, pensaban los gobernantes norteamericanos que podría evitarse un conflicto bélico de consecuencias incalculables.

El general Mitchs Limdberg había dado su aprobación a la medida disuasoria y los militares del Pentágono hicieron los preparativos con gran celeridad. El anuncio fue hecho a escala mundial y, por eso, todas las emisoras del planeta, lanzaban por sus ondas el aviso cada diez minutos.

Realmente, era una medida de mera precaución ya que los islotes rocosos de Molden quedaban fuera de toda ruta marítima y normalmente pasaban años sin que ningún barco se acercase a ellos. ¿Por qué tenían que hacerlo, si quedaban en un punto muerto de! inmenso Océano Pacífico, perdidos en el horizonte sin límites de sus aguas?

Solamente por algún raro capricho, o por alguna «equivocación», como en el caso del lujoso yate de la multimillonaria Jennifer

Newman, podía esperarse que algún barco pasara por allí. Por eso, la poderosa Escuadra XI de los Estados Unidos navegó a toda máquina hacia los islotes de Molden, para que sus técnicos instalaran en la lava petrificada el ingenio nuclear que estallaría a las doce horas de haberse alejado.

Todos los sismógrafos de la Tierra captarían el formidable estallido de aquella bomba y los de China calculando su terrible intensidad, comunicarían a sus dirigentes que la advertencia era digna de tenerse en cuenta. Aquello les indicaría que los Estados Unidos habían superado las bombas de cien megatoneladas y que su capacidad destructiva quedaba ahora fuera de toda previsión.

Que a veces, no hay como mostrarle un buen garrote al contrincante para advertirle que nada podrá hacer con el que él esgrime, si es bien veces más débil que el de su rival…

Y por una jugarreta del Destino, por esas extrañas coincidencias de la burlona suerte, las ciento seis personas que se habían alejado de Washington para conjurar al menos por unos días la posible catástrofe, ahora navegaban directamente hacia el único punto del planeta en donde realmente estaba el peligro…

¡Hacia los remotos islotes de Molden que iban a ser desintegrados!

* * *

Tras la breve explicación del capitán MacGland Tittelbraen, todos los invitados de Jennifer Newman acogieron con agrado el cambio de rumbo, habida cuenta de que no tenían prisa, sólo les importaba pasar el tiempo lo mejor posible y la perspectiva de ver aquellas montañas de lava petrificada convertida en rocas les daría ocasión de contemplar uno de los fenómenos de la Naturaleza.

El mismo Ted Aworth, saliendo del abatimiento en que le había sumido la extraña negación de Dina Blay a casarse con él, le mostró su cámara fotográfica al joven periodista australiano Jim Kingaby y le dijo:

—Sacaremos unas buenas fotos, Jim. Pienso escribir algo en relación con los volcanes y las pasiones de los hombres.

Jim Kingaby sonrió fijando su vista en la lejanía azul del Océano, preguntando:

—¿Lo dices por el volcán amoroso que aún arde en ti, Ted?

—Posiblemente, pero lo que más siento es un profundo desengaño. Una apatía general por todo y por la gente.

—Ya lo he notado, Ted. Y te he aconsejado en estos días que no es bueno encerrarse en uno mismo. El dolor, si no se manifiesta, corroe.

—Pues debo estar corroído hasta los huesos, Jim. ¡Lo de Dina no podré olvidarlo fácilmente!

Ted.

Querer olvidar a una persona es amarla más,

Ted Aworth meneó la cabeza y también fijas las pupilas en el mar preguntó, acodado como el amigo sobre la barandilla de la cubierta:

—¿Has leído a Thomas Quincey? Tiene un pasaje que dice: «Estoy seguro de que no existe un olvido total: las huellas, una vez impresas en el alma, son indestructibles.»

Se volvió hacia él Jim Kingaby, deseando aclarar:

—¿No será orgullo herido, Ted? Los hombres raramente perdonan que una mujer les plante.

—Te aseguro que no es orgullo masculino herido, Jim. Más bien es una especie de sorda e impotente desesperación por haber perdido a Dina.

La morenita Mitzi Hyer se acercó airosa como siempre, preguntando con gracioso mohín en sus labios tentadores:

—¿Filosofando?

Ted Aworth se repuso al instante, mintiendo con el rubor propio del que desea ocultar su dolor a los demás.

—No, Mitzi; hablábamos de esos islotes rocosos. El capitán dice que son muy interesantes.

—Jenny ha organizado un concurso de fotografías. Dice que el que tome las vistas más sugestivas de esos islotes solitarios mandará en el yate como rey y señor hasta que lleguemos a las islas Christians.

—Será cuestión de aplicarse —dijo Jim Kingaby, disponiéndose a alejarse con la intención de dejar a la muchacha y al amigo solos.

Pero Ted Aworth comprendía desde hacía días sus intenciones y preguntó:

—¿Adonde vas, Jim?

—Por mi cámara. ¡Quiero ganar el concurso!

Ya solos, la muchacha de cabellos morenos quedó junto al serio Ted Aworth y mirando al mar dijo de pronto:

—Ha sido una lástima no poder arreglar la avería de la radio.

El hombre se encogió levemente de hombros, con la actitud despectiva que venía adoptando en las dos últimas semanas.

—¡Bah! Para escuchar discursos cuajados de amenazas y otras zarandajas parecidas, bien está. Jenny tiene una buena discoteca aquí cuando necesitamos música.

—No lo decía por eso, Ted.

—¿Entonces?

—Habrías podido enviar un mensaje a Dina. Es posible que ya esté nuevamente en su casa. Y…

Se interrumpió al ver desencajado a Ted Aworth que dejó de estar apoyado junto a ella en la barandilla y exclamó:

—¡Haz el favor de no nombrarse para nada a Dina! ¿Queda claro, Mitzi? Si tomó esa decisión… ¡allá ella!

—Me preocupas, Ted. En realidad, todos estamos preocupados por ti. Hemos hecho lo posible por alegrarte, pero hay que reconocer que hasta Jenny ha fracasado.

—Eso os pasa por meteros en las vidas ajenas.

—Nadie es ajeno a los otros, Ted. Y menos cuando se vive en un sitio tan reducido como éste. ¡Somos tus amigos!

—¡Pues demostradlo no jeringándome! Si quiero estar solo es porque así me encuentro mejor.

—Has cambiado mucho en estos días, Ted. ¡No pareces el mismo!

—¿Quieres dejar de criticarme, Mitzi?

La muchacha, además del natural despecho, sintió la impotencia al no poder mitigar las desazones del hombre y dijo, antes de retirarse:

—Muy poco enseñó la vida a quien no aprendió a soportar el dolor, Ted… ¡Te creía más entero!

Ante aquellas palabras Ted Aworth reaccionó y rogó, sujetándola por una muñeca:

—Perdona, Mitzi… No he querido molestarte ni ofenderte. Todos sois muy buenos y comprensivos conmigo. ¡Sobre todo tú!

—Es nuestro deber, Ted. Vivimos en una pequeña comunidad en

la que todos somos viejos y buenos amigos.

—¿Me perdonas…?

—No tengo nada que perdonarte, Ted. En todo caso, tú a nosotros por tomarnos ese interés y a veces resultar pesados.

—¡Qué bobada, Mitzi! Sé que lo hacéis con buena intención. Pero a veces pierdo los nervios. Tienes razón al decir que he cambiado mucho en estas últimas dos semanas. ¿Qué dirías, si te contase todo lo que siento?

Mitzi Hyer miró al hombre directamente a los ojos y musitó, quedamente:

—Te comprendería, Ted. ¡Yo también sufro un desengaño amoroso!

—¿Tú, Mitzi?

—¿Crees que no soy capaz de amar?

El hombre quedó algo desconcertado, antes de afirmar:

—Sí, claro… Por supuesto que te creo con capacidad para amar, Mitzi.

Ella hizo un gesto vago, deseando quitarle importancia a su confesión, sonriendo débilmente al decir:

—Dejemos mi problema; háblame del tuyo, Ted. De todo eso que dices que sientes.

—A veces me asusta a mí mismo, Mitzi. ¡Creo que odio a toda la Humanidad!

—¡Bobadas, Ted! Es la reacción natural de todo aquel que sufre un hondo desengaño.

Ted Aworth miró a la muchacha morena con viva admiración, exclamando:

—¡Eres formidable, Mitzi! Tan joven, tan bonita, tan delicada y…

—¿Y qué, Ted…?

—Bueno… Que piensas de una manera muy profunda y objetiva. Yo diría que con una total carencia de egoísmo y desinterés.

Mitzi Hyer volvió a rehuir la mirada del hombre al decir, fijos los ojos en el Océano:

—Cuando uno ha sufrido mucho tiempo en silencio llega un día a sorprenderse de no hallar trozos de su antiguo egoísmo. El dolor desgasta el «Yo», Ted. Nos vuelve hacia nosotros mismos y nos persuade de que debemos ayudar a los demás.

Ted Aworth buscó nuevamente el contacto con la mujer poniendo una mano sobre su hombro para obligarla con dulzura a mirarle, mientras musitaba:-

—Tú me estás ayudando, Mitzi. ¡Y presiento que podrás ayudarme más!

La muchacha le miraba ahora anhelante, fijos los ojos en las pupilas del hombre y su boca entreabierta, los labios temblorosos.

—¿Por… por qué dices eso, Ted?… Yo… yo…

Es posible que se habrían besado si en aquel instante, la recia voz del capitán MacGland Tittelbraen, no hubiera anunciado desde el puesto de mando:

—¡ Ahí tienen los islotes de Molden! No confundan las masas rocosas que surgen del mar con las nubes bajas.

La distancia aún era grande y todos se esforzaron por seguir la dirección que señalaba el recio índice del capitán del yate. Jennifer Newman gritó alegremente a todos sus invitados reunidos en la cubierta:

—¡Preparad las cámaras fotográficas, amigos! ¡Ya sabéis cuál es el premio del concurso!

No podían saber que el precio era la Muerte.

Capítulo IX

Al almirante Robert Cummings fue informado en su puesto de mando del portaaviones insignia «Kennedy», una poderosa mole de acero movida por energía atómica, capaz de transportar doscientos seis aviones supersónicos sobre sus cubiertas.

El mensaje venía del capitán de una de las escuadrillas que sobrevolaban los islotes rocosos de Molden a más de treinta mil metros de altura, distancia desde la cual los poderosos teleobjetivos alcanzaron a distinguir que un barco navegaba por la zona prohibida.

—¡Imposible! —fue la primera exclamación del almirante de la IX Flota.

Pero luego, transmitiendo a sus ayudantes con celeridad sus instrucciones ordenó:

—¡Envíenles un mensaje por radio, en todas las frecuencias y ondas! ¡Es preciso detener la marcha de ese barco!

—¡A la orden, señor!

La IX Flota estaba a más de trescientas millas de los islotes de Molden, distancia que los técnicos habían calculado guardaría el mínimo de seguridad para la tripulación de la escuadra. Acercarse una sola milla más podía significar riesgos mortales y el almirante Robert Cummings tenía órdenes precisas del Pentágono para que, en ningún caso, dejase de cumplir las instrucciones.

Tenía que velar también por la seguridad de sus veinte mil hombres, además de que nada podía hacer por el barco que se acercaba a la zona peligrosa a tal distancia.

Pero ninguno de los muchos mensajes podía ser captado por la averiada radio del lujoso yate de Jennifer Newman, quien en compañía de sus invitados y tampoco podía distinguir el ruido de

los motores a reacción de los aviones, al tener que sobrevolar la zona a la enorme altura de treinta mil metros. En este sentido los jefes de escuadrilla también habían recibido órdenes precisas del almirante de la IX Flota:

—En ningún caso y bajo ningún pretexto, sus aviones descenderán una sola pulgada de la altura indicada —les había advertido.

Sin embargo, ¿qué podían hacer en aquel caso imprevisto?

—¡Nada! —fue la lacónica y tajante respuesta del almirante Robert Cummings.

Uno de sus oficiales se atrevió a decir, una vez comprobaron con angustia que no contestaban a la lluvia de mensajes por radio:

—Pero señor… ¡La tripulación de ese barco morirá desintegrada!

Acorralado, pero consciente de su enorme responsabilidad, el almirante se revolvió contra su oficial.

—¿Y qué diantre podemos hacer, capitán Tiller? , ¡No puedo ordenar a mis pilotos que desciendan a esa área infernal!

De pronto, uno de los mensajes recibidos que fue presentado al almirante decía así:

«El capitán Roy Cowper solicita permiso para descender y pasar en vuelo rasante sobre ese barco. Si me lo concede quizá logre hacerles comprender que deben variar el rumbo.»

El almirante Cummings estrujó nervioso el papel en su mano y antes de responder al radiotelegrafista que lo había traído al puente de mando miró fugazmente su reloj. Un rápido cálculo le bastó para decir:

—¡No hay tiempo! Quedan sólo tres minutos y el avión de ese loco de Cowper no podría hacer lo que intenta. ¡Orden de que se atenga a las instrucciones!

Miró luego a todos los petrificados oficiales que le rodeaban y musitó sentidamente:

—¡Y que Dios me perdone, si no obro bien! ¡No se puede luchar contra lo imponderable!

* * *

Arriba, en el cielo límpido y azul carente de nubes, donde se está más cerca de Dios y la tierra con todos sus egoísmos, intereses

y miserias queda muy lejos, un hombre llamado Roy Cowper recibió la respuesta negativa y a su vez le preguntó a su copiloto:

—¿Qué hacemos Ruskin? ¿Desobedecemos y nos arriesgamos?

Los dos hombres eran buenos amigos y se compenetraban. Estaban casados y tenían hijos, pero se sentían hermanos de raza de los hombres que tan locamente navegaban en aquel barco hacia la zona de mortal peligro. Y por eso contestó el copiloto:

—¡Vamos allá, Roy! ¡No podría dormir tranquilo el resto de mi vida si no lo intentamos! ¡Al diablo las órdenes del almirante!

—¡O. K., Ruskin! ¡Eres de los míos!

No lo pensaron más y descendieron veloces como un meteoro, sometiendo al reactor volador a la máxima fricción contra las capas de aire que como una flecha iba atravesando.

La aguja del altímetro fue descendiendo moviéndose como loca y si en aquel instante hubiese explotado el ingenio nuclear no habrían podido oírlo porque superaban en mucho la velocidad del sonido.

El roncar del reactor pasó como una exhalación sobre el yate de Jennifer Newman, pero era tanta su velocidad, tanto el loco vértigo de su carrera, que sólo pudieron verle durante una breve fracción de segundo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Werner Tay.

—¡Allí! ¡Mirad! ¡Parece un avión! —exclamó Ted Aworth.

Había nubes bajas, densas acumulaciones que pronto se tragaron al aparato que inició el giro, en un desesperado intento por realizar otra pasada, en lucha contra el tiempo inexorable que se terminaba.

Lo consiguió y esta vez casi pasó rozando la chimenea mayor del lujoso yate, haciendo a todos sus pasajeros taparse los oídos ante el potente silbido que dejó como una estela alarmante.

Una estela que anunciaba la muerte… ¡El final!

* * *

Horas después, todas las emisoras de la Tierra lanzarían al éter la noticia del heroico e inútil sacrificio de dos hombres llamados Roy Cowper y Meredith Ruskin, que a la velocidad de vértigo no tuvieron tiempo para maniobrar su aparato reactor y hallaron la muerte al chocar violentamente contra uno de los islotes rocosos

que comprendía la zona de Molden.

Todos los pasajeros y la tripulación del yate vieron el mortal accidente, pero ninguno de ellos llegó a pensar que había sido por su causa, por un intento suicida y a la par maravilloso por salvarles.

En realidad, tampoco dispusieron de mucho tiempo para pensarlo.

Porque de pronto, a través del cielo irrumpió una luz potente y cegadora. Una luz terrible que brotó en la lejanía del horizonte, en el grupo central de los pelados islotes de Molden.

Una luz sin ruido, rara… ¡Muy rara!

Una gigantesca columna de humo denso, blanco, gris, negro, rojo y de mil colores a la vez, como si hubiera estallado el sol, empezó a elevarse en el sitio donde había aparecido la misteriosa luz. Y esta columna de humo empezó a ascender, ensanchándose y subiendo incesantemente.

¡Como si tuviera mucha prisa para alcanzar el cielo!

Pero lo que sorprendió y aterrorizó a los excepcionales testigos de aquel fenómeno, lo que les heló la sangre en las venas y les dejó sin respiración, sin capacidad para coordinar sus cerebros, fue el soplo inmenso que se escapó debajo del hongo de humos multicolores.

Aquel terrible soplo, avanzando a una velocidad aterradora, pasó sobre las aguas del Océano y las encrespó, levantando olas gigantescas que lo cubrían todo. Cada cresta de islote rocoso cedió ante aquel soplo como si fuera de débil mantequilla; se diría que un gigantesco pero invisible cilindro compresor iba triturando todo lo que encontraba a su paso.

Las primeras ráfagas del gran soplo llegaron hasta ellos y el yate fue levantado, brutalmente zarandeado de aquí para allá y trasladado a medio centenar de millas en un solo instante. En la sola fracción de segundo que tardó en llegar hasta ellos un ruido horrible que al fin hirió sus oídos, amenazando con reventar sus tímpanos.

Los que tuvieron menos suerte y no chocaron contra algo cayeron al mar, engullidos para siempre en aquella tormenta artificial creada por el ingenio del hombre. Los otros fueron comprimidos, empujados por el soplo contra algo y miles de pequeñas astillas hirieron sus rostros y manos: fragmentos de la

madera del barco convertidos en polvo que volaban por todas partes.

Los minutos fueron pasando y en el antes lujoso yate de Jennifer Newman pareció que nada había quedado con vida. Sin embargo, los tres perros que su dueña había llevado consigo y a los que un marinero daba de comer bajo cubierta, ascendieron al poco ladrando y corriendo furiosamente, dominados por el terror de lo imprevisto, de lo inesperado y para ellos incomprensible.

Ted Aworth fue uno de los primeros en recuperarse y por fin tuvo el valor de abrir los ojos, mirando a todas partes. Estaba aturdido y confuso, como si despertase de un sueño de mil horas. No comprendía lo que podía haber pasado y sólo consiguió coordinar un recuerdo:

—¡El avión! —dijo en voz alta o baja, nunca lo supo.

Sí, de aquello debía de tener la culpa el avión reactor que pasó por dos veces sobre el yate.

—¡Nos arrojó una bomba! ¡Una bomba atómica! —volvió a exclamar el periodista, cada vez más capaz de pensar.

Logró incorporarse y miró al horizonte y allá, muy lejos, mucho más que la primera vez que distinguieron la luz cegadora, seguía elevándose hacia el cielo el denso humo ahora totalmente blanco del gigantesco hongo que ascendía más y más, sin cesar…

—No hay duda —se dijo Ted Aworth—, ¡Ha sido una explosión atómica!

Por instinto, se palpó todo el cuerpo y comprobó que estaba bien, que no tenía ningún hueso roto y que no le dolía nada. Apenas un leve escozor en la mejilla, de la que pudo sacar una diminuta astilla allí clavada.

Los tres perros correteaban por la cubierta ligeramente inclinada hacia estribor; y, al seguirles con la vista, descubrió a varios de sus amigos tendidos y aún desmayados por allí. Jennifer Newman fue una de las primeras en recuperarse ante las insistentes caricias de sus perros que la lamían desesperadamente y tras sentarse, su exclamación fue tan fuera de lugar que forzosamente al oírla Ted Aworth tuvo que sonreír, incapaz aún de abarcar toda la tragedia que les rodeaba.

—¡Qué bruto! ¿Quién ha estornudado? —preguntó la dueña del barco.

Y luego, deseando calmar a sus perros que ya agitaban los rabos:

—¡Quietos! ¡Quietos! Estoy bien, pequeños… ¡Estoy bien!

Ted Aworth se acercó a ella, pasando sobre algunos de sus amigos que continuaban sin sentido o muertos sobre la cubierta.

—¿De veras estás bien, Jenny? Tienes sangre en la frente.

—Habrá sido un mordisco de «Tipi» —dijo llevando su mano a la pequeña herida.

—No ha sido eso, Jenny. ¡Fue una explosión atómica! ¡Mira allí! ¡Date la vuelta!

La mujer contempló el gigantesco hongo cuya base quedaba cubierta por la línea del horizonte y exclamó:

—¡Dios santo! Pero eso… ¡Eso es horrible, Ted!

—De momento, estamos vivos, Jenny. Vamos a ver qué podemos hacer por los demás.

—Sí, Ted… Pobrecillos. Parecen dormidos. ¡O muertos!

Capítulo X

Veinte supervivientes.

Veinte de las ciento seis personas que habían iniciado aquel crucero de «placer» por el Pacífico, contando a los quince marineros del capitán MacGland Tittelbraen que también había desaparecido con su oficial Greyson.

Además de Jenny y Ted, el joven periodista australiano Jim Kingaby estaba entre ellos, así como la dulce Mitzi Hyer que tuvo que ser curada en un brazo y llevarlo en cabestrillo.

Yal Siegel, Werner Tay y el matrimonio Lynol también estaban entre los supervivientes, aunque Lary padecía tal conmoción que su esposo temió en las primeras horas por ella.

De toda la tripulación sólo habían quedado cuatro hombres. Cuatro marineros terriblemente asustados que propusieron tras dialogar entre ellos:

—Mejor será alejarnos de aquí con las lanchas motoras. Mis compañeros y yo las hemos revisado y están perfectamente, sacando una que puede ser reparada.

Ted Aworth los miró muy serio, anunciándoles:

—Nadie abandonará el barco. ¿Está claro, muchachos?

El más decidido se encrespó:

—¡Usted está loco, señor Aworth! Ya ha visto que el yate tiene la hélice retorcida. ¡No podremos navegar!

—¿Y llaman navegar meterse en esas débiles motoras que apenas podrán recorrer sesenta millas? Debemos estar en pleno corazón del Pacífico y nos necesitamos los unos a los otros. Si utilizamos las motoras en cada una de ellas apenas podrán viajar cinco personas. Y hay que contar que tendríamos que llevar agua, alimentos y mil cosas. Insisto que es mejor seguir aquí.

—¿Con la radio estropeada y a merced de las corrientes? —insistió otro de los marineros.

—Siempre será mejor que separarnos en grupos. El mar está agitado y no podríamos mantenernos juntos con las motoras. De momento, aquí tenemos todo cuanto podemos necesitar.

Werner Tay intervino con cara compungida:

—De todo menos de una cosa, Ted.

—¿A qué te refieres, Werner?

—A paraguas…

—¿Paraguas? —terció disgustado por tal salida Jim Kingaby—. Vamos, Werner. ¡No estamos para bromas!

—¿Llamas «broma» a esa cochina lluvia radiactiva que nos estará calando hasta los huesos, Jim? —protestó el eterno pesimista.

Muy serio, conteniendo su enfado, Ted Aworth cerró los puños hasta clavarse las uñas en la propia carne y advirtió:

—No debiste recordar «eso», Werner. ¿Disfrutas agravando la situación?

—No disfruto, Ted. Pero… ¿Es o no cierto que la lluvia radiactiva estará cayendo sobre nosotros?

Al oír esto, el grupo de marineros volvió a insistir:

—Si nos repartimos entre las lanchas motoras podremos alejarnos de aquí.

Con calma, por ser más entendido en tales materias, Yal Siegel creyó oportuno informarles a todos.

—Sería inútil, muchachos. Esa lluvia radiactiva tiene a estas horas un radio de acción de más de doscientas millas. No podríamos escapar de ella utilizando las motoras. Ted tiene razón. ¡Debemos seguir aquí!

Hablaba con alguna dificultad porque sentía como hinchada la lengua. De pronto se llevó las manos al estómago y no pudo reprimir una arcada.

Al poco vomitaba escandalosamente y decía avergonzado:

—Perdonad, amigos. Pero es que… Yo…

Fred Lynol era médico y le rogó:

—Ven conmigo, Yal. Quiero reconocerte.

Antes de salir del comedor en donde estaban reunidos el doctor se volvió hacia todos y anunció:

—Sé que nada adelantaremos, pero es mejor reconoceros a

todos. Cuando termine con Yal venid los demás. ¡Debemos saber la verdad!

—¿Qué verdad? —dijo con visibles muestras de alarma uno de los marineros.

Fred Lynol no contestó, pero otro le retuvo con fuerza por un brazo antes de salir de la cámara acompañando a Yal Siegel.

—¿Qué verdad, doctor? —insistió el marinero.

—Está bien, muchachos. ¡Ahí va!… Quiero saber si ya estamos contaminados.

Jennifer Newman siempre había sido una mujer alegre llena de entereza a la que el fracaso de sus cuatro matrimonios nunca había desanimado. Pero ante todo aquello no pudo reprimir un gesto de desesperación ó gimiendo ocultó su rostro entre las cuidadas manos:

—¡Oh, Dios! ¡Es horrible! ¡Horrible!

Su joven amiga Mitzi Hyer se esforzó por calmarla.

—Tranquilízate, Jenny. ¡Saldremos de ésta! Algún barco vendrá a socorrernos y…

—Nadie se arriesgará, Mitzi… Eso suponiendo que sepan que estamos aquí.

—¿Quieres callarte de una condenada vez, Werner? —le gritó furiosamente Ted Aworth.

Uno de los marineros, con más entereza que sus tres compañeros, mirando con cierta altanería a los invitados que le quedaban a la angustiada dueña del vate, dijo inesperadamente:

—Señores… Ustedes han vivido estupendamente hasta ahora. Han disfrutado de todo lo bueno y han pasado una existencia muy agradable. Y si supieron vivir bien, esperemos que sepan también morir bien. ¿Qué les parece si intentamos reparar esa hélice antes de quedarnos sin fuerzas?

Ted Aworth miró francamente al muchacho y le dijo:

—¿Cómo te llamas, chico?

—Mike… Mike Burke.

—Bien, Mike… La dueña de este yate te nombra capitán del barco. ¿Verdad, Jenny?

La aludida dejó de llorar mirando al decidido marinero y a su buen amigo el periodista y confirmó:

—Lo que tú digas, Ted… Pero creo… ¡Creo que todo será inútil!

Ted Aworth dijo con firmeza, sonriéndole al muchacho:

—Eso lo veremos, ¿verdad, capitán?

—Exacto, señor Aworth. Las cosas hay que intentarlas, al menos.

Fue a salir con sus compañeros y el periodista !e tocó un hombre recomendándole:

—Llámeme Ted, muchacho. ¡No estamos para ceremonias!

—Como gustes, Ted. ¡Manos a la obra!

* * *

El dictamen médico de Fred Lynol fue concluyente cuando terminó de reconocerles a todos:

—No hay duda… ¡Contaminados!

—¿Estás seguro, Fred?

—Totalmente, Ted; los síntomas no pueden ser más elocuentes. Lengua hinchada, abundantes mucosidades, carraspeo en la garganta y parcial pérdida de cabellos.

Pasó el médico una de sus manos por la cabeza y mostrándosela a los reunidos les invitó:

—Haced lo mismo y veréis cómo se os cae como a mí. La raíz del pelo empieza a pudrirse y en algunos casos, en el cuero cabelludo empezarán a salir llagas.

Hablaban de una forma tan cruda porque las mujeres estaban descansando en sus respectivos camarotes. Tampoco les habían informado que era totalmente imposible reparar las serias averías de las hélices; se habían limitado a decirles que costaría mucho trabajo, pero que continuarían intentándolo.

Incluso, cuando uno de los marineros sufrió un ataque de vómitos y quedó tan extenuado que, al poco murió, se lo ocultaron diciéndoles a las mujeres que presa de terror el muchacho, había huido del yate llevándose una de las lanchas motoras. Su cuerpo fue lanzado al mar como ya habían tenido que hacer horas antes con los que murieron sobre la cubierta, y aquello pesó en el ánimo de los hombres como una losa que anunciaba su muerte.

Agorero como siempre, en el momento que lanzaron al fallecido marinero al mar, Werner Tay había musitado por toda oración:

—Hasta pronto, muchacho. ¡No tardaremos en seguirte uno a uno!

Jim Kingaby le había dado un codazo, reprendiéndole:

—¿Quieres callar, bocazas? Siempre estás pensando en lo peor.

Werner Tay se había defendido débilmente:

¿Hay para pensar otra cosa, Jim? Me duele mucho el estómago.

—A mí también… ¡Y me aguanto! —dijo Ted Aworth.

—A lo mejor tenemos suerte —anunció el marinero Mike Burke —. La corriente nos irá alejando poco de aquí.

El día pasó lento, con una monotonía que pesaba, como si cada minuto fuera una hora y cada hora un siglo.

Prácticamente no tenían qué hacer, aunque engañándose unos a otros, sobre todo para que las mujeres no se alarmaran más, se dedicaron con afán en poner todo en orden en el zarandeado yate y a sacar algunas conclusiones que se movían en un círculo vicioso, sin tener elementos de juicio por la total carencia de noticias.

—¿Habrá estallado la guerra atómica? —preguntó Werner Tay.

—Creo que no —quiso engañarse Ted Aworth.

—¿Entonces…? ¿Por qué esa explosión?

También hablaban del misterioso avión. Unos opinaban que él había arrojado la bomba y otros insistían en que no fue así. De cualquier forma, el caso es que estaban sentenciados.

Mientras, en los camarotes, la esposa del doctor Fred Lynol dejaba de existir.

Cuando su marido bajase no la reconocería. En ella la «sucia» lluvia radiactiva había operado de forma activa y sobre la almohada había dejado gran parte de sus cabellos y en la boca ya no le quedaban dientes. Las manos presentaban deformaciones óseas y la piel parecía escamosa en muchas partes de su cuerpo, antes delicado y bello.

La señora Lary Lynol nunca pudo imaginar una muerte así.

Una horrible muerte que seguía rondando en un radio de doscientas millas.

¿O posiblemente más?

A fin de cuentas, el último ensayo atómico era más potente que los anteriores. Se había creado así, según muchas opiniones, para que sirviera de fuerza disuasorias

Capítulo XI

Dos días después, Jennifer Newman moría entre terribles dolores, no sin antes pedir a gritos, desesperadamente:

—¡Un espejo! ¡Quiero que me traigáis un espejo! ¡Quiero verme la cara!

La joven Mitzi Hyer, tan desfigurada como ella y cubierta la cabeza con un fino pañuelo de seda que también cubría las quemaduras de su cuello, en vano intentaba calmarla, procurando hablar lo menos posible.

Temía que su buena amiga descubriera que también había perdido sus dientes y que su lengua, pastosa y reseca, tenía un tamaño doble del normal.

—Por favor, Jenny —susurró—. No adelantarás nada desesperándote.

Pero Jennifer Newman no la oía, atenta sólo a palparse el rostro con sus manos sarmentosas de dedos retorcidos, desfigurados por aquel abultamiento óseo que hacía estallar la carne y la piel.

Cuando Jennifer Newman dio el último suspiro, la joven Mitzi Hyer cerró aquellos ojos sin pestañas que parecían estar ya mirando a la Eternidad.

—¡Dios te perdone, Jenny! —musitó—. Sí, querida amiga, por muchos errores que hayas cometido, Dios tiene que perdonar a los que sufren una muerte así.

Subió a la cubierta y buscando a Ted Aworth le informó:

—Jenny ha muerto… ¡Ha muerto como un perro rabioso! ¡Retorciéndose de dolor y desesperación!

Por toda respuesta, ya como insensibilizado por la dura tragedia que estaban viviendo en aquellos días, el periodista comentó:

—La lanzaremos al mar con Yal Siegel y los dos marineros.

La muchacha se horrorizó.

—¿Han muerto también, Ted?

—Sí. Mitzi… ¡Ya sólo quedamos seis!

Así era, en efecto; aquella mortal lluvia radiactiva invisible sólo parecía respetar, por el momento, a Ted Aworth, Jim Kingaby, Werner Tay, Fred Lynol, el animoso marinero Mike Burke y la muchacha Mitzi Hyer.

También sobrevivía uno de los perros de Jennifer Newman, pero el animal vagaba por el yate desorientado, husmeando por todos lados y lanzando débiles ladridos al viento para quedar con la boca abierta, incapaz ya de contener su lengua hinchada y alargada, con la que intentaba mitigar el dolor de las llagas que iban apareciendo en todo su cuerpo.

De perro de lujo se había convertido en un animal monstruoso, sin pelo y con las pequeñas orejas carcomidas, incapaz de masticar los alimentos que le preparaban al haber perdido también todos sus dientes.

En uno de sus paseos por la cubierta el rudo marinero, Mike Burke le vio y dijo a los demás, señalando al perrillo:

—Mejor será lanzarlo al mar también. ¡Ese bicho me pone nervioso!

Ted Aworth se opuso, hablando nerviosamente:

—¡No lo haremos, Mike! Ya que nuestros verdugos han dispuesto de nuestra vida, no seré yo quien sentencie a morir a nadie… ¡Aunque sea un pobre perro sarnoso y enfermo!

—¿Y si muerde a alguno? —arguyó aún el marinero—. Se agravará más nuestra situación.

—Más es imposible —sentenció Werner Tay—. Hay cosas que no pueden superarse, muchacho.

Pero aquella misma tarde el marinero Mike Burke tuvo que arrojar al mar al caniche: encontraron al perrillo muerto en un rincón del lujoso camarote de su dueña, ahora todo revuelto y en desorden.

Con su habitual mordacidad, ahora agravada, el joven australiano Jim Kingaby comentó:

—Creo que hacemos mal arrojando los cadáveres al mar.

Ted Aworth quiso saber:

—¿Por qué, Jim?

—¿Para qué contaminar a los peces? ¡No tenemos derecho hacerles esa faena!

El doctor Fred Lynol comentó:

—No te preocupes por los peces, Jim. Tu intención es loable, pero también están sentenciados. En un radio de unos cuatrocientos o quinientos kilómetros a la redonda, toda clase de vida, tanto en el aire, en la tierra como en el mar, dejará de existir.

Werner Tay miró a los restantes cinco supervivientes y preguntó, sin llevarse los alimentos a la boca:

—¿Quién de nosotros será el primero en caer?

Muy irritado, con los nervios rotos, a flor de piel, Jim Kingaby se levantó gritándole:

—¡Tú, condenado pesimista! ¡Ya estoy harto de oírte! ¡Y te doy mi palabra que me alegraré!

Ted Aworth también se levantó para calmar al joven periodista australiano, sujetándole para impedir que se lanzara sobre el compañero.

—¡Basta, Jim! ¡Ya está bien! ¡Será mejor que controlemos los nervios!

—¡Al diablo todo! ¿Por qué no puede uno decir lo que siente en sus últimos instantes?

—Por respeto a nosotros mismos, Jim. ¡Somos hombres civilizados!

—¿Pues sabéis lo que yo siento, mis queridos amigos? ¡Ganas de matar!

Mitzi Hyer también se había levantado para calmar al joven australiano, que brutalmente rehuyó su contacto gritándole a la muchacha:

—¡No me toques con esas manos sarmentosas, bruja! ¿Quieres contaminarme más de lo que estoy?

¡Mira tus «delicados» dedos! ¡Está cayéndote la piel!

¡Y lo mismo ocurre en tu preciosa cara!

—¡Calla ya, Jim! ¿Te has vuelto loco? —le zarandeó Ted Aworth.

Pero la muchacha, calmada, extrañamente serena, recomendó:

—Déjale, Ted… Está diciendo la verdad. ¡Mirad mis manos!

Los dos hombres forcejeaban y Ted Aworth creyó conveniente golpear en el mentón al joven amigo para calmarle, esperando que

cuando se repusiera ya le habría pasado aquel ataque de nervios. Lo hizo así con toda la fuerza que pudo y entonces ocurrió algo que vino a sumar más gravedad a la tragedia que estaban viviendo.

Al contacto de los nudillos de Ted Aworth, el rostro juvenil del periodista australiano se partió en dos, como si los huesos, los tendones y la carne hubieran sido de blanda mantequilla, incapaces de resistir el más leve choque.

Jim Kingaby llegó al suelo ya muerto, sangrando abundantemente por aquel horrible boquete abierto en su cara.

Ted Aworth quedó tan petrificado como todos los presentes, aunque al instante se lanzó sobre el cadáver del amigo, gesticulando angustiosamente y gritando con desesperación:

—¡Jim! ¡Jim!… ¡Amigo mío! ¡Oh, Dios! ¿Como ha podido ocurrir esto? ¿CÓMO?

El doctor Fred Lynol se inclinó sobre él, para que dejase de abrazar al cuerpo sin vida.

—Es la radiación atómica, Ted… Desintegra poco a poco las células y hace que la carne sea fofa, como una masa sin fuerza ni ligamentos. Jim debía de estar más contaminado que nosotros. Su mismo cerebro ya no regía bien.

—¡ Pero le he matado, Fred! ¡Le he asesinado!

Mitzi Hyer se acercó también a Ted Aworth que seguía inclinado sobre el cuerpo sin vida del joven australiano, aunque sus manos no se atrevieron a ponerse sobre los hombros del periodista. Ya había sido rechazada una vez y no quería volver a sufrir la misma ofensa. Por eso se limitó a decir:

—No, Ted… Tú no has asesinado a Jim. ¡Todos hemos visto lo que ha pasado!

Los ojos sin pestañas de Ted Aworth miraron a la muchacha que también ya estaba sin ellas, sin cejas y con un feo lupus en la nariz, que se la iba comiendo. Vio su boca desdentada y un par de manchas oliváceas en sus mejillas: casi no podía reconocer a la bella y dulce Mitzi Hyer que sólo unos días atrás había estado hablando con él en la cubierta. La muchacha intentaba ocultar la total caída de sus cabellos negros como ala de cuervo, con un pañuelo de seda anudado al cuello.

Y aquellas manos, horribles y deformadas, en nada se parecían a las delicadas y finas que todos habían conocido y sabían que desde

niña habían sido el orgullo de la muchacha. Los dedos escamosos y sarmentosos estaban extendidos hacia él, pero sin osar tocarle los hombros por miedo a contaminarle más, a transmitirle la terrible enfermedad que les estaba corroyendo a todos.

Pero la voz de la muchacha seguía siendo dulce, humana, caritativa y con infinitas ganas de consolar, de llevar con su aliento la calma al hombre que se creía el asesino de su buen amigo.

Y aquel gesto, aquella intención resultaba hermosa y sublime, pese a la horrible realidad que veían los ojos.

Por eso Ted Aworth aprisionó aquellas manos entre las suyas sin ninguna clase de asco ni repulsión, y humillando la cabeza cuya piel brillaba por la total caída de sus cabellos, posó sus labios en ellas y las besó repetidamente mientras sus encías sin dientes dejaban escapar las palabras:

—¡Oh, Mitzi! ¿Qué nos ocurre? ¿Qué nos está pasando a todos?

Al no verse rechazada, la muchacha inició una sonrisa que más pareció fea mueca. Dos lágrimas resbalaban por la piel de sus mejillas arrugadas y liberó una de sus manos de los besos del hombre para depositarla en aquella cabeza atormentada, acariciándole mientras decía:

—Levántate, Ted… Tú eres el más fuerte y tienes que mantenerte así. ¡Todos te necesitamos!

El doctor Fred Lynol, el marinero Mike Burke y hasta el siempre pesimista Werner Tay secundaron a la muchacha con sus palabras:

—Sí, Ted; nada adelantamos desesperándonos —dijo el médico.

—Nos consta que sólo querías calmar a Jim —opinó Werner.

—¡Animo, señor Aworth! —sonrió el marinero—. Usted siempre dijo que saldríamos de ésta! ¿No hizo que me nombraran capitán de este barco? Pues ahora, tendrán todos que acatar mis órdenes.

Antes de incorporarse, Ted Aworth miró una vez más al cadáver desfigurado de Jim Kingaby, musitando muy quedamente:

—Perdóname si puedes, Jim. Mi intención era buena, ¿sabes?

—No se hable más de esto, Ted —insistió !a muchacha.

Se lo llevó hacia otra parte de la cubierta mientras los otros, dedicados a la ingrata labor de arrojar al mar la última víctima, rezaban cada uno una muda oración por el último amigo perdido.

El yate lujoso que fue de la alegre multimillonaria Jennifer Newman seguía arrastrado por la inercia de la corriente, el final de

su negro destino.

Capítulo XII

El almirante Robert Cummings dio las órdenes oportunas para el salvamento de los náufragos. Se encaró con los especialistas, recordándoles:

—No olviden que, cada pulgada de ese barco, estará cargada de radiaciones mortales. Vuelen el yate una vez vistan a los náufragos con los equipos especiales. En el helicóptero los trasladan al buque hospital y allí serán atendidos debidamente.

La maniobra fue laboriosa y arriesgada: primero fue preciso lanzar unos garfios desde los helicópteros y arrastrar al yate más de cien millas, para trasladarle fuera de la zona que podía estar contaminada. Luego, vestidos con un equipo especial cuyas telas tenían finas capas de amianto y plomo, cubiertas las cabezas con escafandras de resistente plástico transparente, unos hombres bajaron por unas escalerillas desde los helicópteros y se dedicaron a vestir, a su vez, con el mismo equipo, a los tres únicos supervivientes.

A Mitzi Hyer y a Werner Tay los dejaron en el yate, ya que sus cuerpos estaban casi descomponiéndose. El médico que dirigía a los especialistas calculó que por lo menos llevaban dos días muertos, aunque era muy difícil precisarlo en tales condiciones.

Ya izados en el gigantesco helicóptero-hospital, Ted Aworth, Fred Lynol y el marinero Mike Burke, siempre embutidos en sus trajes de amianto y plomo, fueron trasladados en estado inconsciente al buque de la IX Flota. Allí, con toda clase de precauciones recibieron los primeros auxilios y, tras el cuidadoso examen, el médico exclamó:

—¡No me explico cómo estos hombres no han muerto! Los

contadores Geiger indican que han sufrido una contaminación radiactiva capaz de aniquilar a un elefante.

Hizo una pausa antes de anunciar a sus ayudantes:

—Es más, sus cuerpos son un terrible foco de contaminación constante. Bastaría con que una de sus manos nos tocara la piel para que cualquier hombre cayera fulminado.

Uno de los ayudantes miró al doctor, preguntando:

—¿Por qué conservarlos con vida entonces, si son un peligro mortal?

El doctor miró al ayudante que había hablado y le fulminó con sus inteligentes ojos de sabio, antes de decir, dirigiéndose a todos:

—Podía decirle que por muchas razones fundamentales. Pero aduciré solamente la más importante para mí. ¡Por humanidad!

—Están sentenciados, doctor. Usted mismo ha dicho que no se explica cómo pueden seguir viviendo —insistió el ayudante, deseando defenderse ante sus compañeros de equipo.

—Lo he dicho y afirmo que, todo lo más, les quedan unos días de vida. Pero un sólo segundo de la vida de un ser humano es muy importante, doctor Wilde.

Y luego, con mayor severidad, se encaró con el nombrado preguntándole:

—Usted es médico, Wilde. ¿Ha olvidado el juramento de Hipócrates?

—No, señor… Pero…

La voz pausada del doctor jefe le interrumpió:

—Además no debemos olvidar la ciencia. Quizá los cuerpos de esos hombres nos enseñen a curar alguna de las enfermedades de la radiación atómica. Hemos conseguido algo en ese terreno.

Dio media vuelta, anunciando:

—Voy a darle mi informe al almirante. ¡Debemos llegar cuanto antes a San Francisco para que puedan ser mejor atendidos!

Dos horas después, la poderosa IX Flota del almirante Robert Cummings enfilaba rumbo a San Francisco, volviendo en su viaje de regreso al punto de partida y alejándose del corazón del inmenso Océano Pacífico.

Un corazón de unos seiscientos kilómetros de radio que los experimentos atómicos del hombre había envenenado…

* * *

La habitación tenía las paredes transparentes y estaba herméticamente cerrada la única puerta que daba acceso al lecho donde reposaba Ted Aworth, monstruo viviente más que hombre, que dejaba que su cuerpo fuera sometido a toda clase de experimentos y probaturas para mirar de descargarle, al menos en parte, de las mortales radiaciones atómicas que despedía cada poro de su piel.

En verdad que aquél era un caso clínico que traía de cabeza a cuantos doctores especialistas se habían acercado al Hospital Militar de San Francisco, para examinarle. La explicación de la más sabia autoridad en la materia fue la siguiente, a falta de otra explicación que se escapaba a su ciencia:

—Se diría que ha habido una especie de readaptación de las células constitutivas de ese hombre, aunque es imposible que pueda resistir tanta radiación acumulada en su cuerpo. Poco a poco su organismo se va desgastando, quemándose… Hasta que llegue un momento que no pueda más.

Hizo una pausa en la conferencia médica que estaba dando, para añadir al poco al atento auditorio:

—Por supuesto que es un caso excepcional. Sólo en una naturaleza de hierro como la de Ted Aworth podía darse una cosa así. Sus dos compañeros ya han muerto, incapaces de asimilar las drogas y las inyecciones.

Egan Zimermang, especialista alemán, llegado de Berlín, tomó la palabra:

—Ese hombre está sufriendo angustias mortales, Creo que deberíamos librarle de ellas de una vez,

—Nadie es dueño de la vida de los demás, doctor Zimermang —se opuso el que presidía la conferencia—. Por otra parte, creo mi deber informarles que Ted Aworth no sufre ninguna molestia. Repito que es un caso inexplicable, pero así es. No se queja, no tiene fiebres ni vómitos, duerme bien y dentro de la dieta conveniente goza de excelente apetito.

Una voz se alzó en uno de los extremos del amplio hemiciclo, preguntando:

—¿Se han tomado todas las seguridades, doctor Whitman?

—¡Absolutamente todas! —fue la rotunda contestación—. El Hospital Militar de San Francisco dispone de instalaciones adecuadas a estos casos. Para llegar al enfermo hay que pasar por una serie de cámaras herméticas de paredes transparentes, donde cualquier partícula de radiación son absorbidas por los mecanismos convenientes. En la misma habitación del enfermo estas radiaciones son captadas por un neutralizador, también de funcionamiento atómico que las envía por medio de un sistema combinado de cintas de plomo ionizado hacia un pozo bajo tierra.

»Por otra parte, el enfermo goza de todas las comodidades posibles: un circuito de radio le permite hablar, cuando así lo desea, con el personal encargado de su cuidado que, a su vez, no está expuesto a ningún peligro cuando tienen que acercarse forzosamente a su lecho. Yo mismo he utilizado los trajes especiales y más tarde me he sometido al examen de los contadores «Geiger». Puedo asegurarles que ni una sola partícula radiactiva fue registrada en esos contadores.

—Nos satisfacen sus informaciones, doctor Whitman, pero… ¿qué pasaría si el enfermo lograse tocar a los doctores o los enfermeros que se cuidan de él?

—Si es una persona normal, sin la capacidad de asimilación y resistencia milagrosa de Ted Aworth caería fulminado al instante…

El doctor Whitman hizo un leve gesto, añadiendo:

—Pero tal posibilidad está de una forma absoluta descartada. Primero porque repito que todos entrar, en su habitación debidamente protegidos por los trajes especiales, y segundo porque Ted Aworth tendría que atacarles y vencerles para llegar hasta su piel y hasta ahora no se ha mostrado belicoso. Más bien, se presta a colaborar en todo sin ninguna clase de resentimiento.

El director del Hospital Militar, un viejo general del cuerpo médico, se creyó en la obligación de secundar las palabras del doctor Whitman, tomando la palabra para decir:

—Creo que todos ustedes han oído hablar del famoso periodista Ted Aworth. Es un hombre muy inteligente con unos principios morales reconocidos por todos, que acepta su trágica suerte como ha dicho el doctor Whitman, con una resignación digna de elogio: Pero, en el caso de que no fuera así, en el caso de que sus circunstancias le empujaran a reaccionar de una forma violenta y

vengativa contra toda la Humanidad, nada podría hacer para desahogar sus impulsos. Están tomadas todas las medidas de seguridad necesarias.

—Sé que esto no es una conferencia de prensa y que nosotros no somos periodistas, doctor Whitman, pero, particularmente a mí, me gustaría saber el estado de ánimo del enfermo.

El doctor alemán Egan Zimermang había expuesto en su petición el criterio de muchos de los doctores allí reunidos y el conferenciante accedió gustoso a informar:

—Yo diría que su estado de ánimo es tranquilo, resignado, como les dije antes. Cierto que no habla mucho, porque debe dolerle su lengua hinchada al hacerlo, pero se muestra amable, a veces sonríe, dedica muchas horas a leer y otra?, como si cayera en un estado de postración, cierra los ojos y así deja pasar las horas.

—¿Duerme bien?

—Las horas normales: o así nos lo parece, cuando le observamos por el circuito cerrado de televisión que tiene instalado.

—¿Sabe que nada ni nadie podrá curarle?

—Ted Aworth no es hombre al que se pueda engañar, doctor Zimermang. Aunque nos esforzáramos en mentirle, él conocería la verdad.

—¿Pregunta a veces cuándo va a morir?

—¡Nunca! Por otra parte ya les he dicho que habla muy poco. Se dedica a escribir, contemplando a veces unas fotografías que tenía entre sus ropas y que no ha permitido ver a nadie.

—¿No saben lo que escribe?

El doctor Whitman tardó algo más en contestar.

—Bueno, caballeros… No creo que tengamos el derecho de examinar lo que escribe si él, espontáneamente, no ofrece esas cuartillas. ¿No están de acuerdo conmigo?

La afirmación fue general y el conferenciante opinó:

—Ted Aworth siempre ha sido un buen escritor. Es posible que en esas cuartillas exponga las terribles experiencias sufridas y todo lo que él siente en estos críticos momentos Si es así, les aseguro que algún día podremos leer páginas magistrales que nos harán reflexionar hondamente.

—¿Puede recibir visitas?

Nueva duda en el conferenciante, que aprovechó el anciano

director del Hospital Militar para aclarar:

—Hasta ahora hemos procurado mantener en secreto que había sido instalado aquí. Pero ciertas filtraciones han permitido a la prensa enterarse y las presiones son grandes. Todas las peticiones en este sentido han sido rechazadas y comprenderán que como director de un Hospital Militar yo debo atenerme a las órdenes del Pentágono.

—Hay rumores de que una señorita llamada Dina Blay, famosa periodista también de la revista «Women Magazine», ha solicitado directamente permiso al Presidente para visitar al enfermo. He leído que afirma ser la prometida de Ted Aworth.

—En efecto, doctor Zimermang. Pero se teme por el estado emotivo que esto pudiera ocasionarle al pacienta. La solicitud de la señorita Blay se está estudiando.

—Estamos pensando consultárselo a él, para que lo decida —amplió el sabio doctor Whitman, remachando la información del director del Hospital Militar.

La conferencia médica terminó al fin y horas después, aquella misma tarde, utilizando el circuito de radio instalado en la habitación de Ted Aworth, el director le preguntó:

—Dígame, señor Aworth. ¿Le gustaría recibir visitas?

A través de las paredes transparentes le vieron dejar de escribir sentado en su lecho, quedar un instante pensativo para al poco decir, tras reflexionar:

—¿Visitas? ¿Para qué? No, no.

—Bueno, señor Aworth. ¡Se trata de una visita especial!

—Para mí ya no hay nada especia!, amigo —fue su respuesta.

—¿Ni aún tratándose de la señorita Dina Blay? —Insistió el director.

Le observaron atentamente y vieron que sus párpados sin pestañas se movían nerviosos en su rostro pétreo e inexpresivo.

—Ni aún tratándose de Dina Blay —dijo muy lentamente.

Y luego, más calmosamente todavía, antes de volver a enfrascarse nuevamente en su escritura, rogó:

—Por favor… No me molesten más. Estoy solo y quiero seguir solo hasta el fin…

Capítulo XIII

La obra que estaba escribiendo Ted Aworth se titulaba «ANTIHOMBRES» y empezaba así:

«La locura colectiva se desató sobre la Tierra y los hombres empezaron una guerra atómica monstruosa, cruel. La Apocalipsis anunciada en la Biblia se realizó punto por punto y el planeta quedó rodeado por una densa capa de humos y vapores que duró muchos años. La lluvia radiactiva lo inundó todo, lo anegó todo, pero la vida no se extinguió porque la VIDA es un don de Dios y ante esto el poder destructivo de los hombres nada puede contra el poder divino de su Creador.

»Pero la raza que subsistió a la gran hecatombe fue muy distinta, aunque con cierta semejanza en lo físico a la anterior, pese a haber sufrido en aquellas circunstancias aciagas profundos cambios. La morfología natural empezó a clasificar a aquellos seres buscándoles un nombre y les llamó «Antihombres».

»El nombre era acertado porque en realidad… ¿No eran los destructores de lo que otros hombres habían creado anterior a ellos? ¿No eran la negación misma de su propia raza y de todos los valores y conceptos que antes habían prevalecido como una ley moral común a todos?

»Al cambio físico sucedió la transformación de la mente, encerrada en aquellas cabezas totalmente peladas, sin un solo cabello y deformadas por las protuberancias óseas que también afeaban otras partes de sus cuerpos. La piel de los Antihombres era escamosa, llena de arrugas y llagas purulentas, con lupus tuberculosos en nariz, oídos y bocas sin dientes. Monstruos vivientes que gemían al andar, al notar que su esqueleto desgarraba sus carnes fofas, como gelatina putrefacta que a veces caía de

brazos y piernas a sus propios pies…

»Sus cerebros atormentados desconocían el amor y la piedad. Víctimas de su propia obra, en sus desvaríos hacían responsables a los otros Antihombres de la desgracia que arrastraban, por eso sólo eran capaces de pensar con odio, con profundo instinto destructor…

»Y así empezaron a reconstruir un mundo monstruoso en el que las más grandes vesanías, las más horrendas locuras, eran sus obras preferidas. Obras producto de Antihombres, de seres deformes con cuerpos y mentes enfermizas incapaces de crear algo bello, armonioso, bueno y útil. Obras todas ellas destructivas, bajas, mezquinas, raquíticas y viles…

»Obras que terminaron por traer el Infierno a la Tierra…»

* * *

Ted Aworth se sentía un Antihombre.

¡Era un Antihombre!

Por eso se recreaba escribiendo cientos de cuartillas en las que un mundo dantesco pasaría por los ojos de los futuros lectores de su libro.

Sueños oníricos de un loco que daba suelta a sus desvaríos, por otra parte como premoniciones de lo que podría ocurrir si la guerra atómica se desataba sobre la Tierra.

¿O no era él el único ejemplo vivo de aquella «sucia» lluvia radiactiva?

Quizá por eso le conservaba Dios con vida. Para que fuera el espejo de sus semejantes y vieran en él, en su horrible fealdad monstruosa, los Antihombres que vagarían lastimosamente por el planeta Tierra, arrastrando el pecado de su soberbia y su locura.

Pero Ted Aworth no escribía su libro con un sentido altamente moralizador. No quería dar a sus futuros lectores una semejanza de lo que sería el mundo tras la gran hecatombe. Más bien deseaba que tal cosa ocurriera y escribía sin cesar con la esperanza de que, cuando llegase lo que anunciaba, cuando se desencadenara la guerra atómica, su obra tuviera el valor de las predicciones.

Sin embargo, un día dejó de escribir y sorprendió a sus cuidadores pidiéndoles:

—Digan al director del hospital que deseo diez millones de

dólares…

El encargado de los enfermeros escuchó sus palabras desde el otro lado de la pared transparente por medio del circuito de radio y tartamudeó, creyendo no haber oído bien.

—¿Ha… ha dicho usted diez millones de dólares, señor Aworth?

Con un infinito desprecio, el enfermo gritó:

—¡Sí, estúpido! ¡He pedido diez millones de dólares!

—Pero… ¿para qué, señor Aworth? Usted no necesita dinero, tiene de todo aquí y…

—¿De todo? —volvió a gritar la voz del periodista hospitalizado —. ¡Condenado majadero! ¿Quieres hacer un cambio conmigo, bribón?

Fue precisa la presencia del director del Hospital Militar y, al poco, con el mismo enfado, Ted Aworth razonaba con él.

—¡El mundo entero me debe esa indemnización! ¿Acaso es mucho pedir? ¿Saben cómo vi morir, uno a uno, a todos mis amigos? ¿Tienen imaginación suficiente para saber las escenas que viví? ¿En cuánto tasan la vida de un hombre sentenciado a morir, por culpas ajenas, en la más horrible agonía?

El viejo militar médico reflexionó un instante antes de decir:

—Admito que tiene usted derecho a una alta indemnización, señor Aworth. Puede encargarle a un abogado de los trámites y…

—¡Nada de trámites! ¡Quiero los diez millones de dólares-mañana! ¡Y aquí mismo! ¡Nada de cheques ni cuentas bancarias! ¿Para qué quiero todo eso, si sé que no saldré con vida de aquí, de esta horrible jaula de cristal?

Deseando ahorrarse transmitir tan extraña petición a sus superiores, el director razonó también:

—Bien, si sabe que no saldrá con vida de ahí, ¿para qué diablos quiere el dinero?

—¡Eso no le importa nada! Pero le diré que para bañarme con él, para recrearme viendo tanto billete de mil dólares juntos. ¡Porque quiero los diez millones en billetes de a mil! ¿Se entera?

—Está bien; hablaré con el Pentágono y ellos decidirán.

—Dígale al general Mitchs Limdberg que si no me traen mañana mismo ese dinero aquí… ¡Le maldeciré por toda la Eternidad! ¡A él y a la Humanidad entera! ¡Dígaselo!

El cálculo que hizo el general Mitchs Limdberg y todos sus

colaboradores, incluyendo el Tesoro Mayor del Gobierno, fue muy sencillo: le enviarían a Ted Aworth diez mil billetes de mil dólares en una pequeña cartera, para que se recrease con la vista del dinero, si es que aquél era su capricho. Cuando muriese no tendrían nada más que »limpiar» los billetes en las neutralizadoras radiactivas.

—¿Qué perdemos con ello? —preguntó el general Mitchs Limdberg.

—¿Y si le da por romperlos o por quemarlos con el encendedor? —quiso saber el Tesorero Mayor.

El jefe de Alto Mando Conjunto del Pentágono se encogió de hombros.

—En último término, es cierto que a ese hombre se le debe una alta indemnización. ¡Correremos el riesgo!

—Nadie tiene culpa que el yate en el que viajaban estuviera por aquella zona del Pacífico, general Limdberg. ¡Debieron de hacer caso de los mensajes!

El elegante agregado de prensa del Pentágono estaba presente en la reunión y Tommy Steiger recordó:

—Ted Aworth dijo que tuvieron avería en la radio.

—Pero ¿qué diablos hacían por aquella zona? Es un punto muerto del Océano Pacífico. ¡Ninguna ruta marítima pasa por allí! —volvió a protestar el Tesorero.

—Lo sabemos, señor, pero en sus declaraciones a eso no ha podido contestar Ted Aworth. Creo que fue idea del capitán del barco —contestó Tommy Steiger.

El general Mitchs Limdberg dio el asunto por terminado, tranquilizándole al Tesorero:

—No se preocupe, Hauer: le haré firmar esa orden al Presidente y ese pobre diablo tendrá el dinero en su jaula de cristal. Lo rompa o no, es lo menos que podemos hacer por él.

—Confiemos en que esto, amén de todas las duras críticas con que la prensa ha atacado al Gobierno, no le cueste diez millones de dólares más.

Con su habitual calma, Tommy Steiger razonó:

—En todo caso, señor, admitan que hemos pagado un precio infinitamente bajo. Esa última prueba nuclear y todo lo que se ha derivado de ella, incluyendo esa prolongada agonía de Ted Aworth,

ha servido para disuadir a los chinos de que sería horrible una guerra atómica. La prensa mundial se ha cuidado muy bien de relatarlo todo con pelos y señales, poniendo los pelos de punta a nuestros enemigos. En el fondo, creo que hacía falta una cosa así, habida cuenta de que los hombres olvidan con mucha frecuencia las cosas. Hace ya más de medio siglo de las primeras víctimas de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Creo sinceramente que todo esto ha ocurrido muy oportunamente.

El general Mitchs Limdberg miró a su joven y atildado agregado de prensa y dijo:

—A veces, su frío cálculo me hace pensar que es usted inhumano y cínico, Steiger. Admito con usted que la nueva prueba nuclear era necesaria para disuadir de la guerra a nuestros enemigos. Por eso firmé la orden. Pero no creo, como usted, que todo lo demás haya sido… ¿Cómo ha dicho, Steiger?

—¿Oportuno, señor?

—¡Exacto! No creo que haya sido ni oportuno ni necesario.

—¡Es posible, mi general. ¡Pero ya es inevitable!

Y la voz del agregado de prensa del Pentágono no pudo evitar cierto deje de satisfacción, aunque se cuidaba muy bien de ocultar a todos sus secretos pensamientos.

Capítulo XIV

Dina Blay estaba desesperada.

Todo intento de entrar a visitar a Ted Aworth en el Hospital Militar de San Francisco había encontrado primero la más rotunda negativa y luego, cuando al fin lo consiguió tras la audiencia que le concedió el Presidente del país, se había encontrado con otro muro, todavía más infranqueable.

La negativa de Ted Aworth a recibirla.

Su viaje desde Washington a San Francisco no había servido ni para que Ted admitiese leer una de sus cartas. Su respuesta siempre había sido la misma, transmitida por los enfermeros:

—El señor Aworth dice que no necesita su compasión ahora que ya no espera nada de la vida, salvo morir y descansar.

—Pero ¿le ha dicho que en esta carta le explico lo que pasó?

—Se lo hemos dicho, señorita, pero insiste en que todo eso ya no importa nada. Y ha añadido que, en el fondo, se alegra de que usted no fuese en el viaje.

—Quiero decirle que por estar junto a él, por haber vivido unos pocos días a su lado, no me importaría haber muerto como, los demás o estar en sus mismas condiciones. ¡Quiero que Ted sepa esto!

Pero los enfermeros se habían encogido de hombros cuando les habló con el corazón en la mano, limitándose a informarla una y otra vez, todas las veces que lo intentó.

—Lo sentimos, señorita, pero no podemos contrariar al enfermo. El señor Aworth tendrá sus razones particulares para negarse a recibirla.

Nuevamente en Washington, Dina Blay recordaba todo esto y que antes de regresar de San Francisco había rogado:

—Al menos, aunque no pueda verle, permítanme que ponga mi carta entre las revistas y la prensa que le entran. Al verla, estoy segura de que la leerá y sabrá los motivos por los cuales le rechacé. ¡Quiero que los sepa!

Pero su ruego también obtuvo negativas.

—Lo lamentamos, señorita. No nos está permitido meter correspondencia clandestina. ¡Esto es un Hospital Militar, señorita Blay!

Dina Blay recordaba también el día que salió de su casa con el vestido que le gustaba tanto a Ted Aworth, para acudir a su cita con él y Jim Kingaby y celebrar su boda. Fue a mitad del camino a Washington cuando un «Bronson» negro ocupado por dos hombres la obligó a pararse, diciéndole uno de ellos:

—Grábese bien esto en la memoria, señorita Blay, si en algo aprecia la vida del señor Ted Aworth, no acuda a su cita y dígale por teléfono que no puede por ahora casarse con él.

Dina recordaba que aterrada había preguntado:

—Pero ¿por qué? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué pretenden con esto?

El hombre la informó de nuevo:

—Por ahora no se lo podemos decir, pero para que no sospeche nada criminal en esto, suponernos que le bastará saber que una vez el yate de Jennifer Newman abandone el archipiélago, usted podrá enviarles un mensaje diciéndoles que se reunirá con ellos en Nueza Zelanda. Sólo queremos una cosa: evitar que usted se case con Ted Aworth antes de que el barco llegue a Nueva Zelanda.

Dina había insistido, cada vez más aterrada:

—¿Qué interés puede nadie tener en evitar esa boda?

Y la respuesta de aquellos hombres aún hoy en día la desconcertaba:

—Es un alto secreto militar que está ligado al señor Ted Aworth. Ya sabe en la tremenda crisis que está sumido el mundo. La más leve cosa puede hacer estallar la catástrofe. Volvemos a recomendarle que se grabe bien esto en su memoria. ¡Haga lo que le decimos! Luego podrá ser feliz con el hombre al que ama.

Y ella había obedecido tontamente.

Había hablado por teléfono con Ted de una forma seca y tajante, para que nada notase y evitar más explicaciones. Le dijo lo más

socorrido, la única excusa que puede dar una mujer al hombre que la está esperando para convertirla en su esposa: Que lo había pensado mejor y temía no ser feliz con él.

—¡Oh, Dios! ¡Cómo debí de herirle! —exclamó en voz alta, angustiada al rememorar todo esto y los acontecimientos de los últimos días.

Unos trágicos acontecimientos que habían venido a añadir mayor confusión en la muchacha. Pues ahora pensaba que aquellos hombres, contra los cuales no podía presentar ninguna prueba, SABÍAN todo lo que iba a ocurrir. Habían recurrido a tal ardid para atemorizarla, pero también para que ella se salvara, al no estar en el yate de la multimillonaria Jennifer Newman.

—¡Sí! ¡Lo hicieron por eso! —se reafirmó en su pensamiento.

De aquí dedujo un nombre: ¡Tommy Steiger!

Era monstruoso pensar así del joven y elegante agregado de prensa del Pentágono, pero… ¿no estaba enamorado de ella? ¿No había discutido con Ted Aworth la noche de la fiesta en casa de Jennifer Newman?

Sí, Tommy Steiger era lo bastante orgulloso para jamás olvidar aquel puñetazo que Ted le propinó cuando la insultó a ella. Por otra parte, como hombre de confianza del general Mitchs Limdberg, por aquellas fechas podía saber que en los apartados islotes rocosos de Molden se llevaría a cabo una prueba nuclear con una nueva bomba atómica.

Pero, aunque fuera así, ¿cómo logró Tommy Steiger que el yate de Jenny se desviase de su ruta?

—¡Es desesperante! —exclamó pensando en todo esto.

Lo era y, además, nunca podría comprobar sus sospechas. Tommy Steiger estaba muy alto, era muy influyente y disponía de muchos resortes legales pan zafarse de una acusación de tal naturaleza. Dina Blay no tenía una sola prueba ni podía decir que el agregado de prensa del Pentágono la había vuelto a molestar con sus requerimientos. Al contrario, cuando s supo lo ocurrido se apresuró a visitarla y fue por si mediación que logró ¡a entrevista con el Presidente, para que le dieran permiso y pudiera visitar en San Francisco a Ted Aworth.

Eran unas sospechas que no se sostenían. Por mucho que la quisiera Tommy Steiger no podía haber sido el causante de una cosa

tan monstruosa: enviar a una muerte cierta a Ted, quizá; pero hacer lo a sabiendas de que Jennifer Newman y sus invitados también morirían de forma horrible…

—¡No! —volvió a exclamar la muchacha, siguiendo el curso de sus atormentados razonamientos—. ¡Me niego a creer una cosa así!

De lo que sí estaba segura es de que aquellos dos hombres que la abordaron en la carretera, cuando iba a casarse, SABÍAN algo. Recordaba que habían mencionado «un alto secreto militar», que por oscuros caminos estaban relacionados con Ted. La habían recordado la tensa crisis mundial, diciéndole que la más leve cosa podía hacer estallar la catástrofe. La tranquilizó algo cuando le dijeron que una vez el yate llegase a Nueva Zelanda podría reunirse con Ted y todos sus amigos.

Un viaje del que sólo había quedado con vida Ted. ¿Por qué precisamente Ted Aworth? ¿Tenía que ver algo en todo aquello?

—Si pudiera encontrar a uno de aquellos hombres le reconocería —se dijo—. ¡Eso aclararía muchas cosas! ¡Pero nunca más volveré a verlos!

De las muchas cosas que Dina Blay ignoraba una la habría sorprendido mucho.

¡El saber que no tardaría un minuto en hablar con alguien relacionado con aquellos dos hombres!

Una mujer rubia frenaba su coche en aquellos instantes frente a su «bungalow».

* * *

—Vive aquí la señorita Dina Blay, ¿verdad? —preguntó a la doncella.

La joven periodista había visto llegar el coche desde el amplio ventanal de su despacho y salió ella misma a recibir a la mujer rubia.

—Soy yo, señora. ¿Qué desea?

—Tengo que hablarle de algo muy importante. ¿Puede ser en privado?

Dina Blay miró a su criada y admitió, invitándola a pasar al despacho

—Por supuesto, señora. ¿Desea tomar algo?

—¡No! ¡No, señorita Blay! No es necesario. Por mí no se moleste.

—Está usted muy nerviosa, señora. María nos podría hacer un poco de té.

La joven dueña de la casa se volvió hacia su criada, rogándole:

—Té, María. Estaremos en el despacho.

—Bien, señorita

Poco después de servido el té, sin más preámbulos la extraña mujer rubia sacó unos papeles de su bolso y se los ofreció a Dina Blay.

—Lea, señorita; he creído que usted está relacionada con esto y por eso he venido a verla. Me dieron sus señas en la redacción de la revista «Women Magazine».

Dina leyó una carta de tosca letra que decía:

Querida tía July: Antes de emprender el viaje quiero que sepas ciertas cosas por si a Nino y a mí nos ocurre algo. Hemos recibido instrucciones para hacer ciertas irregularidades y si mi hermano y yo aceptamos es porque nos han pagado muy bien. Con ese dinero a nuestro regreso podremos volver a Italia y vivir los tres como señores. Sólo se trata de asustar a una muchacha llamada Dina Blay para que no se case con un tal Ted Aworth. También tenemos que averiar la radio e impedir que ninguno de los pasajeros pueda comunicar con tierra una vez zarpemos de Honolulu. Por lo visto, se trata de que el barco de Jennifer Newman llegue con retraso a Nueva Zelanda y por eso también le hemos cambiado el mapa y las cartas de navegación al capitán MacGland Tittelbraen, para que confunda la ruta. El señor Tommy Steiger nos ha dado a los dos diez mil dólares, prometiéndole a Nino que al regreso nos dará otros diez mil. Te decimos todo esto para que en caso de que nos pase algo tú puedas cobrar esa cantidad que nos debe, ya que pensamos hacer todo lo que nos ha ordenado ese señor. Tanto Nino como yo te rogamos una cosa, tía: no trates de hacerle chantaje con esta carta, porque es muy poderoso y podría salirte mal la cuenta. A nuestro regreso ya te lo explicaremos todo más detalladamente y cobraremos nosotros, pero si nos pasara algo, con estas letras él no se negará a pagarte…

La carta tenía una firma ilegible y una postdata cariñosa que

Dina ya no se molestó en leer. Miró a la mujer rubia y conteniendo su rabia, su angustia y sus ganas de gritar que su corazón no se había engañado considerando culpable a Tommy Steiger, preguntó:

—¿Ha intentado usted cobrar esa cantidad, señora? ¿Ha visitado con esta carta al agregado de Prensa del Pentágono?

—La más elemental prudencia me aconsejaba no hacerlo, señorita. ¿No lee los periódicos? Si ese tipo sabe que tengo esta carta, ¡me liquida también!

Dina Blay también temió, pero tuvo ánimos para preguntar:

—¿Por qué no la ha presentado a la policía?

—He preferido venir a verla a usted. Escribe en una buena revista y es conocida. ¡Yo soy una pobre vieja!

La muchacha se levantó resuelta.

—¡Iremos a la policía! ¡Me temo que el señor Tommy Steiger tendrá que explicar muchas, cosas!

Pero la mujer se interpuso entre ella y la puerta, rogándole a Dina:

—¡No, señorita! Todavía no.

—Pero ¿no comprende? ¡Ese hombre envió a la muerte a sus dos sobrinos! Sabía que ningún marinero del yate ni ningún invitado volvería con vida —le mostró la carta que ella misma le había entregado y continuó—: Tommy Steiger sabía cuándo y dónde se iba a efectuar la prueba atómica! Por eso pagó a sus sobrinos para que cambiaran las cartas de navegación del capitán MacGland Tittelbraen y por un error de cálculo se dirigieron con el yate a aquel lugar.

La mujer alta y rubia pareció dudar, antes de decir:

—Sí, pero tengo algo más que decirle, señorita Blay.

—Con esto es suficiente, señora.

—Es algo particular, señorita —insistió la mujer, arrebatándole la carta acusatoria de las manos.

—¿De qué se trata? ¡Hable de una vez, por Dios!

Sin más dudas, la extraña mujer aclaró:

—¡Necesito esos diez mil dólares!

Dina Blay quedó tan perpleja, tan confusa, que sólo acertó a preguntar:

—¿Cómo dice, señora?

—Que necesito ese dinero, para regresar a Italia. Verá usted,

señorita, sé que mis sobrinos han muerto y que prácticamente, en unión de todos los que iban en ese yate, ese hombre los ha asesinado.

Guardó silencio, se encogió de hombros resignadamente y volvió a decir:

—Pero ¿qué puedo hacer por ellos?

—¡Vengar su muerte al menos! —replicó la muchacha—. ¡Ese monstruo asesino ha de ser descubierto!

—No sea ingenua; Tommy Steiger está muy alto y esa carta de mi sobrino no tiene, si bien lo mira, ningún valor. Le será fácil decir que todo esto lo hemos inventado para acusarle y sacarle dinero. Por unos dólares cualquiera puede haber escrito esta carta. ¡Mis sobrinos han muerto!

—Hay peritos calígrafos, señora. ¡Yo también declararé diciendo todo lo que pasó!

—Demasiadas complicaciones, señorita Blay.

—¿Entonces…? ¿Por qué vino a verme?

—Para que usted me dé esos diez mil dólares. Yo le entrego la carta a cambio, pero no me mezclo en nada más. ¡Sólo deseo regresar a Italia!

—¿Por qué no fue a cobrar con esta carta a casa de Tommy Steiger entonces, señora?

—Seré franca con usted, señorita. ¡Por miedo! Un hombre que es capaz de hacer todo eso… Bueno, usted tiene la palabra.

—No tengo ese dinero, señora. Cobro un buen sueldo, pero…

—Entonces lo siento. Ni mis sobrinos podrán ser vengados, ni usted podrá vengar a su prometido. Antes de meterme en más líos prefiero que las cosas queden así.

Se dispuso a romper la carta, diciendo como para ella:

—Es una lástima no intentar al menos desenmascarar a ese tipo, pero…

Dina Blay avanzó con desesperación hacia ella.

—¡No, espere! ¡No la rompa!

—Lo siento, señorita Blay. Bien mirado vale más mi seguridad que diez mil cochinos dólares.

Entonces, una voz gangosa dijo desde el ventanal, procedente del jardín:

—¡No lo haga! ¡Yo le doy un millón de dólares por esa carta!

CAPÍTULO XV

Las dos mujeres se volvieron hacia el desconocido, que terminaba de entrar por el ventanal desde el jardín.

Era un hombre alto vestido con un extraño abrigo negro que le llegaba más abajo de las rodillas. Se cubría con un sombrero, también negro, calado hasta las espesas cejas grises, del mismo color que la mata de pelo que apenas se veía. Lucía bigote gris, lacio y abundante y sus manos, muy grandes, estaban también cubiertas por guantes negros de piel.

En uña dé ellas llevaba un pequeño maletín.

Se quitó unas gafas ahumadas al avanzar hacia ellas con la mano libre y su voz gangosa, como si la lengua le impidiese hablar con claridad, repitió:

—He dicho que le doy por esa carta un millón de dólares, señora.

Dina Blay estaba tan perpleja y absorta, como la mujer alta y rubia que había venido a visitarla. Ésta última retrocedió ante el hombre que ya abría su maletín y sacaba fajos de billetes, nuevos de mil dólares, preguntando aterrada:

—¿Quién… quién es usted?

La voz gangosa anunció, de forma impersonal dedicado a sacar los billetes:

—Llámeme Antihombre, si lo quiere así. ¡La carta!

Contrastes de la vida: había venido por dinero, por diez mil dólares, como si vendiera por esa cantidad la vida de sus dos sobrinos, pero ahora estaba terriblemente asustada. Mil preguntas se agolpaban en su mente: ¿quién era aquel hombre extraño? ¿Por qué le interesaba la carta que acusaba a Tommy Steiger? Y sobre todo, ¿por qué le ofrecía tanto dinero?

¡Un millón de dólares!

Fugazmente pensó que de todo aquello no podía venirle nada bueno. Ya se había metido en un lío y debía huir. Pudo más su instinto de conservación que su egoísmo y gritó:

—¡No! ¡Ya no quiero dinero! ¡Me voy! ¡No! ¡No se acerque! ¡No me toque!

Al forcejear con la mujer alta y rubia el hombre del abrigo negro perdió su sombrero, que arrastró en su caída la peluca gris que cubría su cabeza, totalmente rapada, brillante y sin un solo cabello. Aquello aterró más a la mujer y empezó a gritar con más fuerza.

Entonces, la perpleja y también asustada Dina Blay vio que aquel hombre se quitaba uno de sus guantes y que su mano sarmentosa, grande, deforme, se posaba desnuda sobre el rostro de la mujer, tapándole la boca.

La mujer alta y rubia dejó al instante de gritar y su cuerpo se convulsionó, como si hubiera recibido una fuerte descarga eléctrica. Cuando el hombre la soltó cayó como un fardo al suelo sobre la alfombra.

Muerta.

¡Sin vida!

Dina Blay retrocedió aterrada y fue también a gritar, pero la voz gangosa del hombre dijo, señalando a su víctima:

—Era una bruja egoísta; oí todo lo que estuvisteis hablando, Dina. No le importaba vengar la muerte de sus sobrinos. Sólo quería sus diez mil dólares, aunque el asesino siguiera impune.

Con una idea que empezaba a hurgar en su cerebro, la muchacha preguntó con un hilo de voz, mirándole fijamente:

—¿Quién… quién es usted?

Había ironía en la voz gangosa al anunciar, mientras despegaba del lupus de sus labios carcomidos el lacio bigote gris postizo:

—Para ser una mujer enamorada tienes poca memoria, querida Dina. ¿Me reconoces ahora?

Realmente, Ted Aworth estaba transfigurado, totalmente desconocido. Pero la muchacha exclamó, entre sorprendida y alarmada:

—¡TED AWORTH!

—Sí, «cariño»… Soy yo, sólo que ahora prefiero que me llames Antihombre. ¡Me sienta mejor!

Pero él hizo un movimiento instintivo de defensa, hurtó el contacto de la piel de la muchacha con la suya escamosa de la mano sin guante y gritó, de forma infrahumana, desesperadamente:

—¡No, Dina, no! ¡No me toques! ¿Estás loca? ¡Morirías en el acto!

Quedaron frente a frente. Él pegada la espalda al ventanal por el cual había entrado, olvidando su maletín con los diez millones de dólares en billetes de a mil, pero con la carta de la mujer alta y rubia que seguía tendida en la alfombra, muerta, como prueba de la realidad del aviso dado a Dina Blay.

El silencio pesaba entre los dos. Tenían miles de cosas que decirse, muchos equívocos que aclarar. Pero la realidad se imponía cruda y desnuda y paralizada por su oportuno aviso la muchacha sólo acertó a preguntar, tontamente:

—¡Oh, Ted! ¿Te… te has escapado?

—La raza humana siempre seguirá siendo estúpida. ¿No lo ves, Dina?

—Tienes razón, Ted; pero… ¡hiciste mal! Allí podían curarte, podían atenderte bien.

—Allí sólo me hacían servir de conejo de Indias, para sus pruebas.

—¿Por qué lo hiciste, Ted?

La muchacha señalaba al cuerpo caído de la mujer y Ted Aworth supo que ya no se refería a su fuga, pero rehuyó la pregunta contando:

—Fue fácil, Dina; el imbécil del enfermero tuvo un descuido y le metí en mi cama, después de quitarle su traje especial. Van totalmente cubiertos, ¿sabes? Apenas se les ven los ojos por su mascarilla transparente y, en los controles, no me reconocieron. El resto fue muy sencillo; vuestro mundo está tan podrido, es tan egoísta y capaz de ser sobornado, que un tipo que viaje con diez millones de dólares en un maletín puede llegar fácilmente hasta el mismo Presidente…

Hizo una pausa la voz gangosa, fatigado por el esfuerzo de hablar; pero continuó:

—Me disfracé de esta manera y logré contratar un avión particular para volar desde San Francisco aquí. El piloto del avión era otro imbécil lleno de egoísmo, Dina. Por la radio escuchó el

tremendo jaleo que se formó con mi fuga, pero le ofrecí otro millón de dólares y él mismo se cuidó de sortear todos los obstáculos. Aterrizó en el campo y, al darle el dinero, como despedida le ofrecí mi mano… ¡sin guante!

Horrorizada, la muchacha preguntó:

—¿Murió también, Ted?

—Sí, Dina… ¡Recibió su paga! ¿No se estaba burlando él de todas las órdenes y le importaba muy poco todo el mal que pudiera hacer yo suelto por ahí?

Con gran esfuerzo, también cansada su voz, la muchacha dijo:

—Por favor, Ted… ¿Estás pretendiendo juzgar a toda la Humanidad?

—¡Pretendo vengarme de ella! —rugió el hombre.

—Comprendo lo que te pasa, Ted. Pero tú siempre fuiste un hombre que…

—¡Ya no soy un hombre! ¡Me han convertido en un Antihombre!

Desconcertada, la muchacha aún preguntó:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso de que eres un Antihombre, como dices?

—La palabra lo dice, Dina: significa que estoy contra ellos, que soy, en todo, su propia negación. Ellos aman la vida, ¡yo la Muerte! Ellos pretenden crear lo bello… ¡Yo lo feo, lo horrible! Ellos hablan de amor, de abnegación, de sublimidad y desinterés…

¡Yo de odio, de egoísmo, de mezquindad, de ruindad!

Desesperada, nuevamente intentando acercarse a él, Dina Blay gritó:

—¡Tú no puedes ser así, Ted!

—Di más bien que yo no era así. ¡Pero ellos me han cambiado!

—¿Ellos…? Di en todo caso Tommy Steiger,

—¡Hay muchos millones en la Tierra como Tommy Steiger, cariño!

La última palabra cariñosa del hombre animó a la muchacha que suplicó, sus blancas y cuidadas manitas extendidas hacia él:

—Vamos, Ted, te ayudaré a volver, al hospital. Allí te cuidarán. ¡Te pondrás bien! Yo estaré contigo siempre… ¡Siempre! ¿Comprendes?

Ted Aworth rechazó con brusquedad:

—Te he dicho que soy un Antihombre, Dina. No me afecta tu

sublime desinterés, tu abnegado valor, tu sacrificio voluntario. Yo ahora aprecio más el egoísmo descárnalo, la cobardía vil, la traición rastrera.

¡Ésas serán las leyes de nuestro Código!

—Estás excitado, Ted, ahora no razonas bien. ¿Por qué si no viniste aquí? Te lo diré yo: porque te arrastró el amor que aún me tienes… ¡Aunque lo niegues!

La contestación terminó por desarmarla, al ser cruda y brutal, soez:

—¡Te equivocas, Dina! ¡Vine para matarte! Para estrecharte entre mis brazos y darte el beso… ¡El beso de la muerte!

Ahora retrocedió la muchacha, ambas manos en sus febriles mejillas, exclamando horrorizada:

—¡No puedo creerte! ¡Me niego a creer tal cosa! ¿Por qué? ¿Por qué, Ted?

—Porque antes de escuchar a esa bruja, creí que tú sabías lo que nos iba a pasar a todos los que viajábamos en el yate de Jenny y que por eso te negaste a casarte conmigo y realizar el crucero. ¡He tenido muchas horas para pensar que era así!

Dina Blay comprendió y estuvo a punto de contarle los motivos por los cuales no había acudido a su cita. Pero también comprendió que no era momento para justificarse. Lo que más urgía era que él volviese al hospital, que no anduviese suelto por ahí, con aquellas vengativas ideas hurgándole en el atormentado cerebro.

—Llamaré pidiendo una ambulancia, Ted. ¡Tienes que regresar!

—No podrás hacerlo. Antes de entrar he cortado el hilo telefónico, Dina.

—¡Te llevaré en mi coche!

Una carcajada cruel brotó de los labios purulentos.

—¿Expuesta a contaminarte, Dina?

—¡No me importa eso, Ted! ¡Sólo me importas tú! Quiero que apuren todas las posibilidades para curarte.

—Gracias, Dina… Pero sería inútil. ¡Adiós, amor mío! ¡Hasta nunca!

Fue a salir por el ventanal al jardín, pero el grito de ella le contuvo:

—¿Dónde vas, Ted?

—A cumplir mi misión como Antihombre. —Y señalando al

maletín con el dinero, tras encasquetarse la peluca postiza, el bigote y el sombrero, ofreció—: Ésa es mi herencia, Dina. Disfrútala y procura ser feliz.

—¡No quiero ese dinero! ¡Huele a muerte! —protestó la mujer.

—No me extraña… ¡Yo mismo soy la Muerte!

Y salió alejándose al poco en él helicóptero que había pilotado para llegar hasta allí.

El primer Antihombre de la Tierra seguía suelto.

CAPÍTULO XVI

Había estado otras muchas veces allí y conocía las entradas por las que el acceso era menos riguroso. Sacó su viejo carnet de periodista y sin soltarlo su mano enguantada anunció al vigilante uniformado:

—Prensa… Tengo una cita con el señor Steiger.

—Tercer piso: quinto pasillo a la derecha, novena puerta —informó de forma rutinaria el centinela, al verle tan decidido.

Se cruzó con muchas caras conocidas, pero a él no podían reconocerle. Su disfraz era perfecto y nadie podía pensar que, a tantas millas de San Francisco, el buscado Ted Aworth estaba en aquellos instantes dirigiéndose al despacho del agregado de prensa del Pentágono, en el mismo corazón de Washington.

Suzy, la secretaria pelirroja de Tommy Steiger, al ver al hombre anciano que fugazmente le mostró su carnet de periodista, anunció:

—El señor Steiger está reunido con el general Mitchs Limdberg. Si viene a solicitar algún permiso especial tendrá que esperar. Yo no estoy autorizada para firmarlos, señor…

—Es igual, señorita. Volveré otro día.

Pero antes de dar media vuelta, preguntó:

—¿Ha dicho que está reunido con el general Mitchs Limdberg, señorita?

—Así es, tienen algo muy urgente que tratar. Por lo visto ese loco de Ted Aworth se ha fugado del Hospital Militar de San Francisco.

El anciano desgarbado del bigote gris y lacio confirmó:

—Lo sé, señorita. Lo he leído en la prensa.

Salió al pasillo y buscó el despacho del general Mitchs Limdberg.

También sabía dónde quedaba. En el mismo piso, la puerta decimotercera. Allí plantado había otro centinela, pero el hombre del bigote gris no se inquietó:

—Soy un Agente Secreto Federal y necesito ver inmediatamente al general Mitchs Limdberg —dijo.

Cuadrándose militarmente, el soldado negó:

—Lo siento, señor. Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie.

—Tenga, muéstrele estas fotografías al general y dígale que es muy urgente. ¡La guerra puede depender de ello!

—El general Limdberg… —empezó a decir el soldado. Pero examinó por encima las fotografías y muy asombrado preguntó, mirando al anciano—: ¿Qué son?

—Vistas de una explosión atómica china. En estos momentos la suerte de la Humanidad depende de que usted se decida o no a entrar esas fotografías.

—¡Vaya, señor! ¡Eso es muy grande! —exclamó el soldado, abrumado por tal posibilidad—. Espere usted aquí un momento. ¿Su nombre?

—Nada aclararía mi nombre, soldado. ¡Le he dicho que soy un Agente Secreto! Ni el mismo general Limdberg conoce mi identidad. Entre esas fotos y que les echen un vistazo… ¡Y dígales que tengo más, con importantísimos informes!

—Sí clavo, sí… ¡Ahora mismo, señor! Espere aquí.

Los minutos pasaban y Ted Aworth empezaba a sentirse mal. La peluca y el bigote postizo, así como las cejas, le molestaban. Empezaban a faltarle las fuerzas, hacía más de un día que no tomaba medicamentos. Pero, al fin, el soldado regresó y dijo, nerviosamente:

—Pase, señor, el general y sus ayudantes le esperan.

—Gracias, muchacho.

En la gran sala había unos doce hombres: generales, almirantes y oficiales de alta graduación, con muchos entorchados y medallas. Mitchs Limdberg presidió la larga mesa y a su lado, siempre tan elegante, su agregado de prensa Tommy Steiger examinaba una de las fotografías que les dio el soldado.

El anciano del bigote lacio se quitó el sombrero, dejando ver sus cabellos grises, algo despeinados, lacios. Contempló a los reunidos y su voz gangosa anunció ante el silencio de su presencia:

—Caballeros, nos ahorraremos el tiempo de las presentaciones, por ahora… ¿Qué les parece el material que les traigo? Vengo desde Yakarta, a donde pude llegar después de huir de China. Con mil riesgos he podido presenciar muchas explosiones atómicas como ésas que están ustedes viendo. Estoy seguro de que jamás habrán visto una cosa igual, porque, por más que se quiera, la seguridad nunca permite a los fotógrafos acercarse tanto…

El general Mitchs Limdberg observó al hombre detenidamente y pidió:

—Acérquese, es imprescindible que nos diga quién es y cómo ha podido lograr estas sorprendentes fotografías.

—Verá, general… Ya les he dicho que estuve muy cerca, pero que muy cerca de esas pruebas atómicas… chinas. Más tarde les daré un informe completo y les indicaré los lugares que ustedes podrán bombardear, aniquilando ese formidable arsenal atómico del enemigo.

Mientras se acercaba a la presidencia de la mesa el hombre misterioso empezaba a quitarse el guante negro de su mano derecha; y al llegar a la altura de Steiger, ofreció:

—Cuando guste, mi general. ¿Quiere hacer el favor de presentarme a sus más directos colaboradores?

La situación era muy extraña, pero una cosa era cierta: aquel hombre había presentado un material fotográfico único en su género. Una vez fueran llevadas a los laboratorios de ampliación tales fotografías de aquella explosión atómica, los especialistas podrían sacar muchos e interesantes datos de ellas.

Lo insólito del caso y la tensa crisis en que se vivía hizo lo demás y, mecánicamente, señalándolos, mientras les iba nombrando, el general Mitchs Limdberg fue presentándoselos:

—Al almirante Robert Cummings. El vicealmirante Konox Rain. El teniente general Albert Conskasty. El general Max Fuller…

Seguía el anciano del cabello y bigote lacio estrechando aquellas manos. Todos notaron que la palma de la mano de él estaba cubierta por una película de gelatina viscosa y húmeda, como su utilizase aquella pasta para protegerse de algo.

Pero ninguno dijo nada limitándose a limpiarse con disimulo la palma de la mano en las perneras de sus pantalones, porque al terminar la vuelta el general Limdberg seguía presentándoles:

—Y por último, mi ayudante el teniente coronel Stoyte Chandler y el señor Tommy Steiger, agregado de prensa oficial en el Pentágono.

—Encantado, señores… ¡Encantado! —era la letanía que el anciano pronunciaba.

Llegó al fin al término de su vuelta en torno a la mesa; estrechando las manos del general con más calor, dijo:

—A usted ya le conocía, mi general… Pero, de todas formas, encantado. ¡Muy encantado de tener el honor de estrechar sus ilustres manos, sobre las que descansa la seguridad del mundo. ¡O su perdición!

Sus últimas palabras y la extraña sonrisa de aquellos labios que emitían la voz gangosa molestó algo al general presidente, que explotó irritado:

—Bien… Creo que ya es hora de que nos diga su nombre. Toda esta ceremonia se me antoja una bufonada, señor… señor…

Todos le vieron arrojar el sombrero negro, quitarse le peluca postiza gris, el bigote, las cejas y el otro guante de su mano izquierda, veloz como el rayo mientras hacía la presentación más sorprendente y horrorosa que se podía hacer.

—¡Señor Ted Aworth, mi general! Sé que estoy algo desfigurado, pero les aseguro que soy el mismo.

Una exclamación unánime brotó de todos los reunidos que, al levantarse precipitadamente, horrorizados, hicieron caer al suelo las sillas.

El primero en poder hablar fue Tommy Steiger que exclamó, esta vez perdida su calma habitual:

—¡Es… es él! ¡Nos… nos ha estrechado la mano!

Por instinto, todos se miraron la palma de sus manos y empezaron a comprender el mortal significado de aquel molesto cosquilleo que tenían en la piel. Eran militares y especialistas que estaban acostumbrados a tratar de cuestiones atómicas y supieron, con un centelleo en sus cerebros que les paralizó, lo que aquel contacto siniestro y estudiado podía significar.

—¡Nos ha contaminado! —exclamó uno de ellos.

—¡Exacto, caballeros! —se recreó Ted Aworth contemplando la escena—. Pero de una forma tenue para que su agonía sea más prolongada. En el hospital me enseñaron a utilizar esa pasta

gelatinosa que, no obstante, sólo amortigua los primeros efectos. De no usarla no habría tenido tiempo para darles mi amistosa mano a todos. ¡El primero habría caído fulminado!

—¡Canalla, asesino! ¡Monstruo diabólico! —bramó Tommy Steiger.

—Por favor, Tommy… ¡Guarda tus insultos! Yo te he sentenciado, como a todos estos señores que, dentro de pocas horas, morirán rabiando como perros. Pero aunque no fuera así, tu suerte estaba echada. He echado al buzón cierta carta dirigida a la policía. Los informes los completará una tal señora Julie y la misma Dina Blay.

A muchos de los presentes les interesaba su propia salvación más que lo que se pudiera hablar allí y corriendo como locos en busca de asistencia médica, salieron al pasillo dando la alarma en todo el Pentágono.

—¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Un loco! ¡Ahí, ahí! ¡Necesitamos un médico!

—¡Vamos a morir!

—¡Socorroooo!

Ted Aworth vio que los soldados irrumpían en la sala con sus metralletas cargadas y, al tener cortada la salida corrió hacía las ventanas. Empezó a huir por una estrecha cornisa pero, a los pocos pasos, se encontró con que el edificio formaba esquina allí.

Miró hacia abajo y quedó aturdido, nuevamente las fuerzas le abandonaban. Sentía que todo el cuerpo le picaba, le escocía en las llagas purulentas de su piel. Pero no podía regresar porque ya, asomando por las ventanas con sus armas, los soldados se disponían a disparar sobre él.

Una voz femenina lo impidió y la cabeza de Dina Blay asomó por la ventana más próxima a Ted Aworth, a quien gritó extendiendo su mano femenina:

—¡Vuelve, Ted! ¡Vuelve! ¡Agárrate a mi mano! ¡Ellos te comprenderán! ¡Estás cómo loco, cariño! ¡No puede juzgarte un tribunal normal! ¡Dame la mano!

Ted Aworth fue a extender su mano sarmentosa con escamas, pero la retiró al instante, horrorizado de tocar aquella piel de la mujer amada.

—¡No, Dina! ¡No puedo! ¡No debo hacerlo! ¡Estoy sin guantes y

la pasta… la pasta…! ¡No lo haré!

Fue a recular más y su pie derecho llegó a la esquina, donde la cornisa formaba un ángulo recto. Perdió el equilibrio y cayó.

Dina Blay se tapó los ojos horrorizada, confundiendo su grito con el de Ted Aworth que bajaba hacia el pavimento sobre el que dejó de existir, terminando con su tragedia.

—¡Oh, Ted!… ¡TEEED!

* * *

Sentado en el lecho del Hospital Militar de Washington, donde estaba siendo sometido a intenso tratamiento, el general Mitchs Limdberg preguntó al doctor Whitman:

—¿Se salvarán?

—Es muy posible, general. Pero a uno de ellos le espera Un Tribunal Militar para juzgarle.

—Nunca pensé que Tommy Steiger fuera capaz de tales cosas, doctor.

—Bueno, en las primeras declaraciones él alega que lo hizo para que la Humanidad tuviera un ejemplo vivo de lo que podía significar una guerra atómica.

—¡Excusas, doctor! Ese canalla obró así por celos. Estaba también enamorado de Dina Blay. ¡Quería eliminar a Ted Aworth y no dudó en jugar también con la muerte de los demás!

Vio el doctor Whitman que debidamente neutralizadas las partículas radiactivas que; pudieran haber tenido las cuartillas escritas por Ted Aworth, estaban sobre la mesita de noche del general y preguntó:

—¿Qué piensa hacer con eso, general?

—Publicar este libro, doctor. Ted Aworth obró como un loco, como un Antihombre. Pero quiero que todo el mundo sepa lo que puede ocurrir si algún día, por nuestros errores y soberbia, vagan sobre la faz de la Tierra esa clase de seres.

—Hará bien, mi general. Al menos Ted Aworth nos ha dejado esas cuartillas. ¡Ojalá su lectura impresione a muchos!


FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.

6
TIROS

SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

